

# Los diez justos



Obra de teatro en un acto de  
**Antonio Manzanera Escribano**

## Antonio Manzanera



Antonio Manzanera (Murcia, 1974) es doctor en Economía, MBA y un apasionado del emprendimiento. En 2010 publicó en Ediciones Deusto el manual "Finanzas para emprendedores", que hasta la fecha ha conocido tres ediciones y ha salido en Booket en edición de bolsillo. Su vida profesional ha transcurrido como economista en el sector privado y en el público. Después de residir durante varios años en distintos países regresó a España, donde reparte su tiempo libre entre la familia, la ayuda a jóvenes emprendedores y las novelas de intriga. Hasta la fecha ha publicado dos novelas: "El informe Müller" (Umbriel, 2013) y "La suave superficie de la culata" (Umbriel, 2013). En 2014 publicará su nueva novela, también en la editorial Umbriel: "La tercera versión".

Página web: [www.antoniomanzanera.com](http://www.antoniomanzanera.com)

Twitter: @manzaneraautor

Facebook: <https://www.facebook.com/AntonioManzaneraAutor>

© Antonio Manzanera 2014

Todos los derechos de propiedad intelectual de la obra son propiedad exclusiva del autor. El autor autoriza la reproducción de la obra sin fines comerciales hasta el 30 de junio de 2014. La reproducción total y parcial de la obra queda condicionada a la citación de la autoría (poner símbolo copyright) Antonio Manzanera 2014 así como a la mención del link de donde ha sido descargada en todos los medios en los que se reproduzca la obra ([www.antoniomanzanera.com](http://www.antoniomanzanera.com)). Queda expresamente prohibida su representación escénica o radiofónica sin el previo consentimiento por escrito del autor.

## Acto único

*(La escena es un despacho de una empresa de informática. A la derecha hay una única puerta por la que entran y salen los personajes. El espectador no puede ver si hay alguien en la puerta hasta que entra en escena. La puerta se abre hacia dentro. La izquierda la ocupa el escritorio con un ordenador, monitor, teléfono fijo, impresora, etc. Tras él una silla y enfrente dos confidentes. En el extremo de la derecha hay una pequeña mesa de reuniones con tres butacas. Junto a la puerta, un perchero. La pared del despacho es una mampara normal.)*

*Entra Héctor, un hombre de unos cuarenta y tantos años. Lo hace presuroso, con la cara desencajada. Enciende la luz y va directo al ordenador para encenderlo. Sin dejar de mirar la pantalla se quita el abrigo. Parece preocupado. Introduce la clave y aprovecha el tiempo que tarda en arrancar la computadora para colgar el abrigo en el perchero. Vuelve al sillón. En ese momento le suena la BlackBerry. Héctor responde sin dejar de mirar la pantalla del ordenador.)*

HÉCTOR:

*¿Sí?... Ah, hola Sara. Acabo de llegar... no, no... estoy encendiendo el PC... aún no sé si ha funcionado... (Tecllea en el teclado con la BlackBerry pegada a la oreja y los ojos en el monitor)... cuando llegues pásate por aquí y hablamos, ¿vale, cariño?... vale, bueno, te llamo yo cuando sepa algo... un beso, cariño... yo también a ti.*

*(Cuelga. Tecllea en el ordenador. Pierde la vista en la pantalla. Lee algo y al terminar se echa atrás en la butaca, abatido. Respira profundamente y se pasa la mano por la cara. La puerta del despacho se abre y aparece Enrique con el abrigo puesto.)*

ENRIQUE:

*(Con la mano en el pomo de la puerta, sin entrar del todo) Hola Héctor. ¿Qué tal? ¿Ha funcionado el programa?*

*(Héctor, sin dejar de mirar el monitor, niega con la cabeza.)*

*A lo mejor lo que ha fallado es la prueba que habéis dejado corriendo por la noche. ¿Lo has comprobado bien?*

HÉCTOR:

*(Abatido) Sí. La prueba nocturna no ha fallado. Ha sido el programa.*

*(Enrique pasa al interior, se quita el abrigo, lo deja sobre un confidente y se pasea enfrente de Héctor.)*

ENRIQUE:

*Joder macho, nueve meses y nada. No tenemos nada. Nueve meses de desarrollo, de espera... y no consigues que esa mierda haga lo que tiene que hacer.*

(Héctor no dice nada. Mira con cierto enfado a Enrique.)

Perdona, he hablado sin pensar. Estoy de los nervios. Los clientes me someten a mucha presión y no tengo nada nuevo que darles.

HÉCTOR:

No es tan sencillo como piensas.

ENRIQUE:

Seguramente no lo es. Pero tienes a veinte tíos programando, algo tendrá que pasar, ¿no? Las empresas que se gastan el dineral que nos gastamos nosotros en desarrollo consiguen resultados, hacen cosas. Avanzan.

HÉCTOR:

Mi gente no tiene la culpa.

ENRIQUE:

¿Y qué más da quién tenga la culpa? Los clientes me piden avances, novedades. Y nosotros les estamos ofreciendo el mismo producto desde hace dos años. Somos incapaces de añadir nada nuevo.

HÉCTOR:

Enrique, nuestro producto lo diseñó Andy. Trabajar sobre lo que él hizo es complejo...

ENRIQUE:

(*Interrumpiendo*) Joder, Héctor, Andy murió hace dos años. Él era el jefe de desarrollo, pero tú trabajaste con él. Tú eres coautor del producto. El presidente te puso en su lugar para que continuases el trabajo y lo único que hemos conseguido desde entonces es reparar algún error y gastar un montón de pasta en algo que no avanza.

HÉCTOR:

Ya sabes que hace tiempo propuse abandonar el producto de Andy y hacer algo nuevo. No es justo que vengáis ahora a reprocharme que no consiga lo que ya dije que no podría conseguir. Debimos empezar de nuevo, de cero. Como si el producto de Andy no hubiese existido nunca.

ENRIQUE:

No digas tonterías. Si hubiésemos hecho eso, ¿de qué habríamos vivido todo este tiempo? No podíamos tirar a la basura nuestro producto y encerrarnos a programar otra

cosa. ¿Qué hubiésemos hecho entonces? ¿Poner un cartel en la puerta que dijese, “volvemos en un año, no se vayan”? Nos hubiésemos muerto por el camino.

HÉCTOR:

Seguir parcheando el programa de Andy ha sido igual que matarnos. Pero más lentamente.

ENRIQUE:

Héctor, los clientes no son idiotas. Si se dan cuenta de que abandonamos nuestro producto para hacer algo completamente nuevo desconfiarán. Ellos esperan que el producto tenga una vida, una progresión. Además, ¿te crees que nuestros competidores se chupan el dedo? Si se enteran de que hemos desechado lo de Andy... no sé... se tirarían a nuestra yugular. Se lo contarían a todos nuestros clientes para dañarnos. No sabes lo cabrones que pueden llegar a ser. Bueno, que podemos llegar a ser.

HÉCTOR:

La competencia tampoco ha conseguido avanzar demasiado. El producto de ellos es tan lento como el nuestro.

ENRIQUE:

Sí, pero falla menos. Y como falla menos tiene menos incidencias, necesita menos horas de asistencia y, en resumen, ahorra costes. Tú lo sabes. Tú tienes el listado de clientes a los que damos asistencia y las horas que nos ocupa cada uno de ellos. ¿Por qué no le echas un vistazo de vez en cuando? Nunca revisas la lista de clientes.

HÉCTOR:

Tengo otras cosas que hacer.

ENRIQUE:

Pues si vieses esa lista te darías cuenta de la cantidad de trabajo que nos supone reparar las cositas que saltan aquí y allá. No son problemas muy grandes, pero llevan su tiempo. ¿Y sabes por qué tenemos tantas incidencias?

*(Héctor no responde.)*

Sí lo sabes, pero no quieres decirlo. Tenemos tantas incidencias porque nuestro producto no incorpora el módulo de test de los ingleses. *(Señala el monitor de Héctor)* Con ese módulo, tu programa hubiese funcionado esta noche.

HÉCTOR:

Enrique: no podemos utilizar el módulo inglés. No es nuestro.

ENRIQUE:

Joder, pero si ya lo usa todo el mundo. Eso ya es... ¿cómo se dice?... dominio público.

HÉCTOR:

Y una leche dominio público. Ese módulo está incrustado en un programa propiedad de una empresa inglesa. Nosotros pedimos precio por él y no nos lo quisieron vender.

ENRIQUE:

Bueno, pero ¿qué hicieron nuestros competidores? Anda que se anduvieron con remilgos. Les abrieron el programa y enchufaron el módulo en su producto. Mira, mira a los de Barcelona, en tres semanas lo tenían rulando.

HÉCTOR:

Y al hacer eso vulneraron no sé cuántas leyes de propiedad industrial. Los ingleses los tienen en los tribunales.

ENRIQUE:

Ni hablar. El caso se sobreesayó hace tiempo. Joder, Héctor, es imposible demostrar que estás usando el código de los ingleses, y tú lo sabes. Los de Barcelona lo tuvieron claro y les salió bien. Cada día venden más.

HÉCTOR:

Para vosotros los comerciales lo único que importa es vender, el resto qué más da. Pero aunque no lo creas, hay más cosas aparte de eso. Más responsabilidades. No todo vale en este negocio. Hay reglas. *(Breve pausa.)* Enrique: mientras yo sea el responsable del desarrollo, esta empresa no hará nunca juego sucio. Lo haremos todo nosotros mismos, con nuestras fuerzas.

ENRIQUE:

*(Suspirando)* Desde que murió Andy vivimos de las rentas.

HÉCTOR:

Lo sé. Y trabajamos para que deje de ser así.

ENRIQUE:

*(Resignado, coge su abrigo)* Héctor, esto es una empresa. No sé si eres consciente de ello.

HÉCTOR:

¿Qué te hace pensar que no lo soy?

ENRIQUE:

Estamos aquí para hacer ganar dinero a la gente que nos paga el sueldo. Para eso, nada más. No dejes que tu integridad personal te desvíe del objetivo.

HÉCTOR:

Trabajar en una empresa no significa que debamos saltarnos las normas a la torera.

ENRIQUE:

Eso pensaba yo cuando era joven. Pero luego me hice mayor.

*(Héctor esboza una sonrisa melancólica. Enrique se dispone a salir.)*

Venga chaval, ánimo. Luego me paso y nos tomamos un café, ¿vale?

HÉCTOR:

Ciao, Enrique.

*(Sale Enrique. En la puerta se cruza con Ricardo, a quien saluda con la cabeza. Ricardo es un treintañero que viste un traje caro de tres piezas con un pañuelo a juego con la corbata que sobresale del bolsillo de la chaqueta. Lleva el pelo engominado y peinado hacia atrás. Entra en el despacho.)*

RICARDO:

Hola.

HÉCTOR:

Hola Ricardo.

RICARDO:

No hace falta que te pregunte nada. Por la cara que pones puedo ver que no ha resultado, ¿verdad?

HÉCTOR:

*(Niega con la cabeza.)* El programa ha hecho aguas por varios lados.

RICARDO:

¿Tan malo ha sido?

HÉCTOR:

Es pronto para decirlo. Pero tardaremos algunas semanas en tener el código listo para otra prueba.

RICARDO:

No puedes decir que te haya pillado por sorpresa.

HÉCTOR:

No. Era de esperar. Os avisé. Os avisé a ti como director financiero y al presidente.

RICARDO:

Sé que nos avisaste. Y a pesar de ello el presidente te defendió ante los inversores.

HÉCTOR:

Lo sé. Y en su día se lo agradecí. Lamento no haber podido estar a la altura de su confianza.

*(Ricardo cierra la puerta del despacho y se sienta en un confidente frente a Héctor.)*

RICARDO

Héctor, tengo que decirte algo. Algo importante.

HÉCTOR:

Dime.

RICARDO:

*(Respira hondo)* Esto no es fácil, así que lo mejor es que lo diga directamente. Sin rodeos. Hoy va a venir el presidente. Quizá ya esté aquí, no lo sé. Yo acabo de llegar y no sé si ha llegado. El caso es que a las diez y media sonará ese teléfono *(señala el aparato sobre la mesa de Héctor)* y el presidente te pedirá que subas a su despacho. Cuando estés allí te comunicará que estás despedido.

HÉCTOR:

*(Incrédulo)* ¿Despedido? Pero aún puedo... podemos...

RICARDO:



No, Héctor. Ya no hay vuelta atrás.

HÉCTOR:

El código se puede corregir. Necesitaremos tiempo pero puedo hacerlo.

RICARDO:

*(Negando con la cabeza)* Aunque no lo creas tu despido no está causado por el fiasco del producto. Después de todo ya sabíamos que no iba a funcionar, tú nos lo habías adelantado.

HÉCTOR:

¿Quieres decir que incluso habiendo funcionado el programa, la decisión habría sido la misma?

RICARDO:

Sí.

HÉCTOR:

No entiendo, Ricardo. No entiendo nada.

RICARDO:

*(Levantándose)* Pues es sencillo de entender. Lamentablemente la empresa está atravesando una situación muy difícil. No sé si saldremos de ésta, tal vez sí. Pero si lo hacemos nada será igual a como era antes. De eso podemos estar seguros.

HÉCTOR:

*(Levantándose a su vez)* Pero las ventas siguen más o menos como estaban... nos estamos sosteniendo. Precisamente acabo de hablar hace un minuto con Enrique y no me ha dicho que los clientes se estén marchando. *(Señala su monitor)* Además, en la lista de clientes a los que damos asistencia telemática no he detectado ninguna baja...

RICARDO:

Sí, lo cierto es que aún no hemos sufrido una pérdida significativa de ventas.

HÉCTOR:

Pues entonces no nos debe ir tan mal.

RICARDO:

Es que el problema que tenemos no es un problema de ventas. Los ingresos no tardarán en caer pero, como bien dices, aún nos sostenemos. No, Héctor. El problema no son las ventas, sino la financiación.

HÉCTOR:

No sé qué quieres decir.

RICARDO:

Es muy sencillo. Las ventas que hacemos nos dan para hacer frente a los gastos corrientes. Pero para financiar tu investigación, para pagar a tu gente, tuvimos que pedir muchos créditos. Y ahora los bancos se niegan a renovarnos las líneas. Nos dicen que tenemos que devolverles el dinero y sencillamente nuestra caja se ha quedado vacía. Las ventas no son suficientes para pagar todo y hay que reducir personal. No queda más remedio.

HÉCTOR:

*(Incapaz de entender.)* Pero si prescindís del equipo de desarrollo no habrá futuro para la empresa. No tendremos más productos para ofrecer a los clientes. Será pan para hoy y hambre para mañana.

RICARDO:

Tiene gracias que digas tú eso. Esta empresa ha vivido del pan de Andy desde que el pobre chico se mató en el accidente. Sin ti seguiremos como estamos pero con menos personal. *(Suspira)* Sé que no es un consuelo, pero tú no serás el único en salir. Antes de fin de año se irán algunos más.

*(Héctor se apoya en el escritorio. Está abatido. Ricardo se acerca por detrás.)*

Escucha, Héctor. Tengo algo más que decirte. Estoy seguro de...

*(Suena la BlackBerry de Ricardo, se trata de una extraña sonata musical que anuncia la llegada de un mensaje. Ricardo consulta su BlackBerry.)*

Vaya, es el presidente. Tengo que llamarle. Dentro de un momento estaré de vuelta. Por favor, no hables con nadie de esto ¿de acuerdo? Espérame. Tengo que decirte algo más, y es muy importante.

*(Héctor asiente. Sale Ricardo tecleando en su terminal un número de teléfono y llevándose a la oreja. Héctor queda solo sumido en sus pensamientos. Al cabo de unos instantes entra Sara. Sara es una mujer cuarentona pero con una excelente figura. Viste un traje de chaqueta. Sara cierra la puerta y va al encuentro de Héctor.)*

SARA:

Cariño, ya me ha dicho Enrique que...

*(Sara va a tocar a Héctor, pero éste la rechaza.)*

No te pongas así. Seguro que puedes arreglarlo en muy poco tiempo.

HÉCTOR:

Ya, sí. Supongo.

SARA:

Claro que sí. Además, tú ya les dijiste que seguir trabajando sobre lo de Andy no funcionaría. La culpa es de ellos.

HÉCTOR:

Y qué más da, Sara. En las empresas los culpables no suelen pagar los platos rotos.

SARA:

*(Tratando de consolar)* No pienses más en ello. Estoy convencida de que podrás solucionar el problema del producto. Quizá tardéis algo más de lo previsto pero lo terminaréis haciendo.

HÉCTOR:

En fin. No queda más remedio que asumirlo. Cuando llegue hoy el presidente habrá jaleo.

SARA:

El presidente no va a venir hoy.

HÉCTOR:

*(Desconcertado)* ¿Cómo que no va a venir hoy?

SARA;

Que no va a venir hoy.

HÉCTOR:

¿Estás segura?

SARA:

Claro que sí.

HÉCTOR:

Pero, ¿cómo lo sabes?

SARA:

Héctor, soy su secretaria. Yo le llevo la agenda.

HÉCTOR:

¿Es que está de viaje o algo?

SARA:

No. Está aquí, en la ciudad. Pero hoy no va a venir. ¿Por qué te extrañas?

HÉCTOR:

Por nada. Creí que vendría hoy. Es raro.

SARA:

No es nada raro. El presidente viene poco, ya lo sabes. *(Más animada)* Bueno, venga vamos a animarnos, ¿vale? Hoy es viernes. Por fin, ¿no? Por fin viernes. ¿Has pensado en lo que vamos a hacer este fin de semana? Te recuerdo que viene mi hermana con su marido y me hace mucha ilusión que os conozcáis. Le he hablado mucho de ti. ¿Has reservado ya algún restaurante?

*(Sara mira a Héctor con complicidad, pero éste no le presta atención.)*

HÉCTOR:

*(Ausente)* ¿Uhm?

SARA:

Que si has reservado mesa para esta noche. Héctor, cariño. ¿Me estás escuchando? *(Se acerca a él)* Héctor, ¿pasa algo? Mírame.

*(Héctor la mira a los ojos.)*

¿Qué ocurre?

HÉCTOR:

No funciona el programa.

SARA:

Eso ya lo sabías. Dime que...

*(Suena la BlackBerry de Héctor. Es una llamada. Héctor responde.)*

HÉCTOR:

¿Dígame? Sí, ah, eres tú. Espera un momento. *(A Sara)* Es uno de los chicos, tengo que atenderle. Ahora vengo. *(Al móvil)* Sí, dime, ya estoy contigo.

*(Sale Héctor hablando. Durante unos instantes queda Sara dentro del despacho, desconcertada. Entra Ricardo.)*

RICARDO:

Sara, ¿qué haces aquí? ¿Dónde está Héctor?

SARA:

*(Hostil)* Le han llamado por teléfono los de desarrollo. Yo ya me iba, puedes esperarle si quieres. Volverá en seguida.

*(Pasa frente a Ricardo camino de la puerta.)*

RICARDO:

Espera *(la sujeta del brazo)*. Iba a subir a verte. Tengo que hablar contigo.

SARA:

*(Zafándose)* ¿Qué quieres?

RICARDO:

Ya sabes lo que quiero. Que cumplas tu palabra. Me ha llegado el papel de tu abogado, y lo que pone en él no es lo que acordamos cuando me marché de casa.

SARA:

*(Molesta)* Pues tendrás que hablar con él. Yo no quiero saber nada de ti. Bastante tormento es tener que verte en la oficina todos los días.

*(Intenta salir, pero Ricardo se interpone en su camino.)*

RICARDO:

Todo eso está muy bien. Pero tenemos que arreglar lo de nuestro divorcio.

SARA:

Ya sabes lo que quiero. Cuando firmes, todo estará arreglado.

RICARDO:

*(Impaciente)* Sara, si no hacemos esto amigablemente, terminaremos mal.

SARA:

Me dan igual tus avisos y tus amenazas.

RICARDO:

Todos terminaremos mal.

SARA:

¿Eh? ¿Qué quieres decir con “todos”? *(Ricardo no responde. Sara lo mira con desprecio)* No entiendo qué debió de pasarme por la cabeza cuando me casé contigo. Me doy asco a mí misma.

RICARDO:

*(Sonríe)* Eso no me lo habías dicho nunca. Está bien. Me gusta.

SARA:

Eres un niñoato presuntuoso y malcriado.

RICARDO:

*(Encogiéndose de hombros)* Bueno, pero supongo que no te querrás divorciar por esa razón. Todo eso ya lo era cuando me conociste, ¿no?

SARA:

Sí, es verdad. Pero lo que no sabía era lo sucio y rastroso que podías llegar a ser.

RICARDO:

¿Rastroso?

SARA:

Sí, rastrero. Has trepado en la empresa pisoteando a los demás, sin el menor respeto por nada ni por nadie. No conoces lo que es la decencia. Estás corrompido.

*(Ricardo ríe incrédulo.)*

¿Te crees que soy la única que lo piensa?

RICARDO:

*(Indiferente)* Mientras lo piensen triunfadores como tú...

SARA:

Eso es lo único que te interesa. Caer bien a los de arriba, ser su perrillo faldero.

RICARDO:

No sabes lo que dices.

SARA:

Te crees poderoso, pero no tienes ningún poder. Eres su marioneta. Cuando ellos silban tu acudes.

RICARDO:

*(Amenazante)* Estás equivocada. Ya te lo dije una vez: a pesar de haberte casado conmigo, tú no me conoces. No sabes de lo que puedo ser capaz. Y muy pronto lo vas a descubrir.

*(Héctor aparece en la puerta. Sara calla y, enojada, abandona el despacho. Héctor la sigue con la mirada, muy serio. Héctor entra en el despacho y cierra la puerta detrás de él.)*

*(Jovial)* Como ves, en mi caso los problemas del trabajo van a casa y los de casa vienen al trabajo.

*(Héctor deja la BlackBerry sobre la pequeña mesa de reuniones y se apoya en su escritorio con los brazos cruzados.)*

HÉCTOR:

*(Suspira)* ¿Qué era eso que me ibas a decir cuando te llamó el presidente?

RICARDO:

*(Acercándose a la mesa de reuniones)* Ven, siéntate.

*(Ricardo ocupa una silla. Héctor obedece y se sienta a su lado. Ricardo mira el reloj.)*

Tenemos poco tiempo.

HÉCTOR:

¿Poco tiempo para qué?

RICARDO:

Para que aceptes la oferta que te voy a hacer.

HÉCTOR:

¿Qué oferta?

RICARDO:

*(Ignorando la interrupción)* Escucha, como te he dicho antes, a las diez y media el presidente te notificará el despido. Eso no lo podemos evitar. Pero lo que sí podemos evitar es que te quedes con una mano detrás y otra delante.

HÉCTOR:

¿Qué quieres decir?

RICARDO:

*(Se levanta, se quita la chaqueta y la apoya en el respaldo de la silla. Empieza a moverse por el despacho)* ¿Cuántos años tienes, Héctor? ¿Cuarenta y seis? ¿Cuarenta y siete? Hace mucho que empezaste a trabajar, pero en esta empresa sólo llevas cinco años. Te contrataron porque insistió Andy. Los de aquí no te querían, pero Andy dijo que si tú no venías él solo no podría sacar el producto. Al final convenció al presidente para que te fichara.

HÉCTOR:

¿Cómo sabes todo eso? Tú por entonces no trabajabas aquí.

RICARDO:

No, yo todavía estaba en el banco. La historia me la contó el presidente.

HÉCTOR:

Pues no te la ha contado bien. No fue exactamente así.

RICARDO:

Bueno, en realidad eso da igual. Para lo que voy a decirte aquello no tiene la menor importancia. Lo verdaderamente importante es otra cosa. Lo importante es saber qué vas



a hacer el próximo lunes. Cuando vayas a apuntarte al paro y te pongas a buscar trabajo. ¿Qué vas a encontrar? ¿Quién va a querer contratar a alguien como tú, a tu edad? ¿Sabes cómo está el trabajo? Seguro que sí. Muy pocos consiguen una segunda oportunidad con tus años. Mira, te voy a contar la historia de un antiguo compañero mío del banco. Su nombre era Ramón. (*Duda*) No me preguntes el apellido porque ya lo he olvidado. Todos lo conocíamos como Ramón. El caso es que Ramón trabajaba en una sucursal de la competencia y el tío... bueno, yo no sé cómo lo haría pero era el mejor vendedor de fondos de inversión de todas las oficinas de nuestra competencia. Alguien nos habló de él. Ramón tenía por entonces cuarenta y ocho años. Yo lo vi sólo una vez. Y parecía bastante mayor. Era calvo, bueno por aquí alrededor sí que tenía una corona de pelo que le rodeaba la nuca. El caso es que un día llamamos a Ramón a nuestras oficinas y le preguntamos: “oye, ¿cómo haces para vender tanto?” El tío no soltó prenda, pero desde luego algún secreto tendría para colocar tantos fondos entre los clientes de su oficina. Total, que le ofrecimos que se viniese a trabajar para nosotros. Ramón fue duro. Rechazó dos propuestas nuestras y tuvimos que subir un montón nuestra oferta. Al final lo conseguimos, Ramón se vino con nosotros y casi casi duplicó el sueldo que le pagaban en su antiguo banco.

(Ricardo *mira a Héctor.*)

¿Te estoy aburriendo?

(Héctor *niega con la cabeza.*)

Sigo. Enviamos a Ramón a nuestra mejor oficina. Le dimos nuestra lista de fondos y le dijimos: “ale, vamos, a vender”. Nosotros nos volvimos contentos a nuestros despachos esperando que el mes siguiente la lista de ventas de Ramón confirmase el acierto del fichaje. ¿Y sabes qué sucedió justo ese mes? (*Breve pausa*) Sucedió que un tío llamado Osama Bin Laden derribó las torres gemelas en Nueva York. Sí, el atentado del 11-S. Joder, me acuerdo como si lo estuviese viendo. Aquel día estaba yo en mi despacho del banco enviando unos correos. Era por la tarde. La secretaria me llamó por teléfono y me dijo: “entra en la web de la CNN, unos aviones se han estrellado contra las torres gemelas”. Menudo desastre, ¿te acuerdas?

HÉCTOR:

Sí.

RICARDO:

Al día siguiente los mercados se desplomaron. Yo perdí una pasta. No hacía ni una semana que había comprado acciones en la bolsa, y de un día para otro perdí casi la mitad del dinero que había invertido. Tardé años en recuperarlo. Pero no nos desviemos del tema. Hablábamos de Ramón. ¿Sabes lo que ocurrió cuando cayeron los mercados? (*Héctor no responde*) Que la cartera de productos que Ramón tenía que vender de repente perdió gran parte de su valor. Los fondos de inversión se devaluaron de manera inmediata, y aquello no había quien lo vendiera. Esperamos un par de meses para ver si la situación se recuperaba, pero qué va. Lo de las torres gemelas pilló en mitad de la crisis de las “punto.com” y no hubo manera. Para Navidades el Consejo del banco decretó el primer plan de despidos. Nos dijeron: “id echando a la gente de las oficinas que tenga el peor ratio de ventas”. Y adivina quién salía el primero de todos. (*Breve pausa*) Ramón. Sin saberlo el bueno de Ramón se había cavado su propia tumba. Con el

sueldazo que tenía consiguió que su ratio fuese el peor de todos. Era el que más cobraba y el que menos vendía. Fue el primero en caer. *(Pausa)* Recuerdo cuando llamé a Ramón al despacho. Me tocó a mí decírselo. Aquella fue la primera y la última vez que lo vi. No sé... tal vez él se lo esperaba y por eso tenía aquel aspecto tan envejecido. Vaya usted a saber. Su indemnización fue calderilla.

*(Ricardo se detiene, como pensativo.)*

HÉCTOR:

¿Y qué pasó al final con Ramón?

RICARDO:

Intentó volver a su banco, pero no le admitieron. Ellos también estaban echando a gente. Se pasó varios años en paro hasta que al final un familiar lo colocó en una gestoría de éstas que te hacen las cuentas y presentan las declaraciones a Hacienda. Estaba media jornada y le pagaban... no sé cuánto. Una cuarta parte de lo que ganaba en su antiguo banco y ocho veces menos del sueldo que pactó con nosotros. Así seguirá hasta que se jubile.

*(Ricardo hace una pausa. Está mirando fijamente a los ojos de Héctor, quien no dice nada.)*

Pero después de todo Ramón tuvo suerte. ¿Sabes por qué, Héctor? Porque este país tiene una costumbre muy jodida. Los que pasáis de los cuarenta años y os quedáis sin trabajo sois demasiado jóvenes para retiraros y demasiado viejos para que os quiera alguien. Son las reglas del juego. No son bonitas, ni justas, ni humanas. Pero son las que son. A ti te han repartido unas cartas de mierda y vas a tener que jugar con ellas. Si al menos tuvieses detrás de ti una exitosa historia de desarrollos y de productos... pero los dos sabemos que no es así.

*(Pausa.)*

HÉCTOR:

Todo eso ya me ha quedado claro, Ricardo. ¿Por qué no me hablas ahora de la oferta que ibas a hacerme?

RICARDO:

Sí, a eso voy. Como sabes yo estoy en mitad de un proceso de divorcio. Y ya ves que la cosa no pinta nada bien. La muy cabrona se ha propuesto dejarme sin un céntimo. Está dispuesta a ir a juicio y yo no me fío un pelo del juez. En este país los jueces deben pensar que todos los hombres somos unos salvajes o unos depravados que pegamos y violamos a nuestras esposas, y ellas aguantan hasta que no pueden más y entonces piden los papeles del divorcio. Es una mierda, y no te aburriré con los detalles. Pero el caso es

que este asunto me va a costar bastante pasta. Necesito dinero y tengo un plan para conseguirlo. *(Señala a Héctor)* Si tú me ayudas tendrás tu parte.

HÉCTOR:

¿De qué plan estás hablando?

RICARDO:

*(Se sienta y habla de modo confidencial)* Hace dos años el presidente rechazó una oferta para vender esta empresa a unos franceses.

HÉCTOR:

Lo sé. Dijo que la oferta era demasiado baja. Poco después entró en la empresa el grupo inversor y el presidente les dio la mitad de las acciones.

RICARDO:

Exacto. Los inversores pusieron en la empresa unos cuantos millones y se quedaron con el cincuenta por ciento. La otra mitad de las acciones pertenece al presidente. *(Breve pausa. Ricardo se vuelve hacia la puerta para comprobar que nadie escucha. Luego continúa)* Los franceses que querían comprar la empresa desaparecieron de la circulación y nunca más se supo de ellos. No es de extrañar, pues tal y como estamos ahora, llenos de deudas, ni los franceses ni nadie querían pagar nada por esta empresa. *(Nueva pausa. Ricardo vuelve a mirar a la puerta)* La semana pasada estuve en una feria de informática. Paseando entre los stands me encontré con uno de los franceses, uno de aquellos tipos que vino a negociar con el presidente. Le saludé y quedé con él para cenar a solas. Después me lo llevé a tomar una copa. El tío tiene un puesto alto, creo que es amigo de uno de los dueños. Con el tercer whisky empezamos a hablar de aquella venta que al final se malogró, y en un momento dado yo le pregunté por qué estaban tan interesados en comprar nuestra empresa, después de todo nuestra cartera de clientes no es muy allá. El tío titubeó un poco, pero al final me confesó que a ellos nuestra empresa y nuestros clientes les daban exactamente igual. Ellos lo que querían era disponer del producto de Andy. Por lo visto llevaban tiempo intentado copiarlos pero no lo conseguían. No sé... creo que no eran capaces de entender nuestros algoritmos. Entonces se me ocurrió la idea. Le pregunté al francés si estarían interesados en comprar el programa de Andy. Sólo el programa, no la empresa. Al tío se le abrieron los ojos y me dijo inmediatamente que sí, que lo comprarían. Que comprarían el programa.

HÉCTOR:

*(Niega con la cabeza)* Ni el presidente ni el grupo inversor querrán vender el producto de Andy. Si permitimos que otra empresa con más medios que nosotros tenga acceso a él y descubren cómo funcionan los algoritmos, nos adelantarán por la derecha. Nuestros clientes se irán con ellos y nos veremos abocados al cierre.

*(Héctor hace una breve pausa pensativo. Ricardo lo mira extrañado.)*

No. El presidente y los inversores nunca venderán. El precio que obtendrían no les compensaría.

RICARDO:

A ellos no, pero a nosotros sí. El presidente y sus inversores no van a vender nada a los franceses. Lo haremos tú y yo.

*(Héctor queda desconcertado. Ricardo, al ver que no dice nada, continúa.)*

Será muy sencillo. Lo único que tienes que hacer es meterte en nuestro servidor con tu clave, copiar el programa en un disco y cuando el presidente te llame dentro de un rato, dármelo. Esta noche llamaré a los franceses y pactaré con ellos el intercambio. Cuando reciba el dinero te daré tu parte y asunto concluido.

*(Héctor se levanta. Pasea nervioso por el despacho.)*

HÉCTOR:

Joder, ya lo decía yo... ya decía yo que todo esto era muy raro.

RICARDO:

¿Qué es muy raro?

HÉCTOR:

Mira Ricardo, cuando una empresa va a despedir a alguien como yo, le da la noticia por sorpresa. Lo saca de su despacho, le dice que está despedido y ni siquiera le deja que se vuelva a acercar al ordenador o al teléfono. Eso se hace para evitar que el empleado tome represalias. Pero tú has venido a avisarme de mi despido con antelación.

RICARDO:

Bien, vale, es cierto, y ya sabes por qué lo he hecho.

HÉCTOR:

Sí, ya lo sé. Lo que no sé es por qué me cuentas a mí esto. Por qué no haces todo tú mismo.

RICARDO:

Yo no puedo hacer la copia del programa. Mi clave no me da acceso al servidor. Necesito que tú me ayudes.

HÉCTOR:

Que te ayude a robar. Porque de eso estamos hablando, ¿verdad? De un robo.

RICARDO:

Sí. Ésa es la forma incómoda de verlo. Pero también hay una parte agradable en la idea. (*Levantándose*) La parte en la que tú te llevas doscientos mil euros a cambio de unos pocos minutos de trabajo.

(*Breve pausa. Parece que Héctor lo piensa.*)

HÉCTOR:

(*Decidido*) No, no lo haré.

RICARDO:

¿Cómo que no lo harás?

HÉCTOR:

Jamás. No voy a participar en algo así.

RICARDO:

¿Por qué?

HÉCTOR:

¿Por qué? ¿Me preguntas por qué? ¿Me estás preguntando por qué no quiero cometer un robo? Está bien, trataré de explicarlo pasando por alto el carácter inmoral del delito, que parece que no representa ningún problema para ti. Dime, Ricardo, ¿has pensando qué ocurrirá si nos pillan? Si se descubre que hemos vendido el programa de la empresa, ¿qué nos podría ocurrir?

(*Ricardo no responde.*)

Yo no soy abogado, pero supongo que nos llevarían a juicio por robo o por espionaje industrial o yo qué sé. No tengo ni idea de qué pena nos correspondería por ello, tal vez la cárcel. Pero después de cumplir la condena, ¿crees que en la puerta de la prisión encontraremos una fila de empresas deseando contratarnos? ¿Crees que alguien nos ofrecerá trabajar con ellos aunque sea de ordenanza?

RICARDO:

¿Pero de qué estás hablando? ¿Quién nos va a pillar?

HÉCTOR:

¿Cómo que...?

RICARDO:

Escucha Héctor. No va a haber manera de que nunca nadie sepa lo que hemos hecho. Los franceses son los primeros interesados en tapar la cuestión. Ellos nunca dirán nada. Y nosotros dos tampoco. Mira, los franceses me dijeron que una vez que ellos integren nuestro código en el suyo nadie será capaz de detectar nada. Aunque aquí sospechasen algo, que no van a sospechar, no habría modo de demostrar nada. Vamos, tú eres el técnico. ¿Habría manera de probar que los franceses usaron nuestro programa? ¿La habría?

(Héctor *no responde.*)

Es imposible y tú lo sabes.

HÉCTOR:

(*Negando con la cabeza*) Aún así no voy a hacerlo. No.

RICARDO:

Ya lo creo que lo harás. Mira, Héctor, creo que no has entendido bien la situación. La situación es que dentro de algo más de una hora estarás en el despacho del presidente con una carta de despido en las manos. Una carta de despido. Y a tu lado, para consolarte, tendrás al guardia de seguridad que te acompañará a la puerta de salida. Tus últimas palabras en esta empresa serán la dirección a la que quieres que te enviemos el abrigo.

(Ricardo *hace una pausa*. Héctor, *pensativo, niega con la cabeza.*)

¿Sabes cuánto te pagarán cuando te marches? Veinte días por año. Llevas cinco años con nosotros, así que tu indemnización no llegará a cuatro meses de sueldo. Y luego, sí, tendrás el paro. Un año y medio. Cobrando, ¿cuánto? Bah, yo no lo sé. Pero, ¿sabes quién sí te lo podría decir? Ramón. El tío al que se cargaron en mi banco. Él sí que lo sabría. Al céntimo.

(Héctor *sigue pensativo.*)

La cuestión importante es si conseguirás encontrar trabajo. ¿Lo encontrarás? No lo sabemos, probablemente no. Lo que es seguro es que si lo encuentras no tendrás el sueldo que tienes actualmente. Héctor, hazme caso. Piensa en ti. Doscientos mil euros es un plan de pensiones de puta madre. Piensa en lo que podrías hacer: ponerte por tu cuenta, trabajar con clientes, contratar a alguien. Lo que quieras, porque eso ya depende de ti. Dependería de ti. Pero nada de ello será posible con la mierda de indemnización que te dará la empresa.

HÉCTOR:

No, Ricardo. Nunca he hecho nada parecido. En toda mi vida. No voy a empezar ahora. Me iré al paro como todos y saldré adelante como pueda. No voy a convertirme en un vulgar delincuente.

RICARDO:

¿Y en qué te están convirtiendo ellos, Héctor? ¿En qué? ¿Qué salidas te van a dejar? ¿Qué opciones? Joder, no entiendo qué te pasa. ¿A quién pretendes defender? ¿A los dueños de la empresa? ¿Al presidente y al grupo inversor? Son ellos los que te van a echar. El presidente en persona te va a dar la carta de despido. ¿Es que les debes fidelidad a ellos?

*(Héctor titubea. De pronto parece recobrar las facultades).*

HÉCTOR:

¿Y tú, Ricardo? ¿Cuánto ganas con esto?

*(Ricardo recoge la chaqueta y habla mientras se la pone).*

RICARDO:

*(Abatido)* No te voy a engañar: un millón de euros. Mi parte del precio es un millón.

*(Héctor sonrío y niega ostensiblemente con la cabeza).*

Héctor: Te han tirado de un avión en pleno vuelo. Tienes de plazo hasta las diez y media para decidir si abres el paracaídas. Hasta las diez y media. Ni un minuto más.

*(Sale cerrando la puerta).*

*(Héctor vuelve a su butaca. Revisa sus papeles como poniendo orden. Al cabo de unos segundos lo deja y apoya la cabeza en los brazos. Alguien llama a la puerta. Es Enrique. Viene con la chaqueta en la mano.)*

ENRIQUE:

Eh, chaval. ¿Nos tomamos ahora ese café?

HÉCTOR:

No, ahora no me apetece.

ENRIQUE:

Vamos, hombre. Arriba ese ánimo. De peores hemos salido. *(Entra y se pone la chaqueta)* Venga, vamos al bar. Te estás quejando siempre de que bajo sin un pavo para escaquearme de pagar. Y mira. *(Se saca algo del bolsillo del pantalón)* Mira la de chatarra que llevo. Hoy a la tostada le pongo mantequilla. Sin reparar en gastos.

HÉCTOR:

Cierra la puerta.

ENRIQUE:

¿Cómo?

HÉCTOR:

*(Se levanta y va hacia él)* Que cierres.

*(Enrique cierra la puerta y, extrañado, va al centro de la escena a reunirse con Héctor).*

ENRIQUE:

¿Qué pasa?

HÉCTOR:

Quiero preguntarte algo.

ENRIQUE:

Vale. ¿Qué es?

HÉCTOR:

*(Confidencialmente)* Si la empresa te despidiese, ¿tú qué harías?

ENRIQUE:

¡Ay, la hostia! Déjame que me siente. *(Se sienta en un confidente)* Joder, menudo marrón a estas alturas. Casi mejor no pensar en ello. *(Enrique mira a Héctor, quien espera una respuesta)* Pues, ¿qué haría?... buscarme la vida, claro. Echar currículos y todo eso.

*(Enrique queda mirando suspicaz a Héctor, quien sigue impasible.)*

¿Por qué me haces esa pregunta? No me asustes...

HÉCTOR:

No... en realidad quiero saber otra cosa. Trata de imaginártelo. En caso de que te despidiesen, si pudieras, ¿te llevarías algo de aquí?

ENRIQUE:



Joder, pues claro. Trataría de llevarme conmigo a todos los clientes. Nosotros los comerciales sólo interesamos a las empresas si traemos clientes. Si me echasen tendría que buscar otro trabajo y lo primero que me preguntarían en cualquier entrevista es: “¿traes clientes?”.

HÉCTOR:

*(Pensativo)* Ya veo. Aunque bueno, entiendo que cuando una empresa echa a la calle a un vendedor ya sabe que se llevará sus clientes. O al menos lo intentará. Eso es normal. Yo me refería a otra cosa. A ver, supongamos que tienes información confidencial de esta empresa. No sé, datos secretos que en manos de los competidores la podrían dañar. ¿Usarías esos datos después de que te despidieran?

ENRIQUE:

*(Resopla)* Joder macho, yo qué sé. Supongo que si para encontrar otro trabajo tuviese que poner una zancadilla a los que me han dado una patada en el culo, pues... no sé, tal vez lo haría. No sé... sí, seguramente sí.

*(Enrique mira a Héctor. Lo ve pensativo. Enrique se levanta.)*

Oye tío, me estás preocupando. ¿Qué coño pasa?

HÉCTOR:

*(Volviendo en sí)* No, nada. Estaba pensando... bueno, es una posibilidad.

ENRIQUE:

¿Qué es una posibilidad?

HÉCTOR:

Bueno, pues que quizá después de comprobar que el producto no funciona... ya sabes, me podrían despedir.

ENRIQUE:

No, hombre. ¿Cómo te van a despedir a ti? Eso es imposible.

HÉCTOR:

¿Por qué imposible?

ENRIQUE:

Pues muy sencillo. Vamos a ver, ¿esto qué es? Esto una empresa de software. Una empresa de software que tiene un solo producto, y el producto lo hicieron dos tipos. Uno de ellos murió, y el otro eres tú. Tú, Héctor, eres la única persona de este mundo

que conoce en detalle nuestro programa. No hay nadie más. Nadie. Y vale que ahora lo que habéis hecho no ha funcionado, pero antes o después digo yo que lo conseguiréis. Seguramente cuando des tu brazo a torcer y te decidas a copiar a los ingleses. Pero en todo caso, la realidad no cambia. Sin ti no se puede hacer nada. Eres imprescindible. ¿Que ahora el presidente se cabree y despida a alguien? Probablemente. Tienes a veinte tíos, a lo mejor recorta el presupuesto y te quita la mitad. Pero al único al que no va a echar es a ti. Tú tienes que arreglarle el desaguisado. *(Hace una pausa, reflexionando)* No, despedirte a ti sería ridículo. Sería como vender el programa de Andy. Como destruir la empresa. *(Más animado)* No, es imposible. No pienses en ello. Venga, déjate de chorradas y ven a tomarte algo conmigo.

HÉCTOR:

No, Enrique. Baja tú. Yo prefiero quedarme aquí un rato trabajando. Debo encontrar los puntos en los que se ha fracturado el programa y documentarlos.

ENRIQUE:

Puedes hacerlo luego. ¿Qué va a cambiar si empiezas dentro de un rato?

HÉCTOR:

No, en serio debo quedarme. Me siento... no sé, culpable. No puedo bajar ahora al bar.

ENRIQUE:

Está bien. ¿Sabes? A mí me pasaba algo parecido cuando era niño. Recuerdo que cuando me daban la nota de algún control y me ponían un “Insuficiente”, esa tarde me iba a casa a hacer deberes. Joder, para ponerme a hacer los deberes mi madre me tenía que meter en la habitación a collejas. Y sin embargo cuando cateaba un control me sentía así, culpable. Y la manera que tenía de reconciliarme conmigo mismo era precisamente trabajando. Haciendo lo que tenía que haber hecho para no suspender. Parece mentira lo inocentes que somos de niños, ¿verdad?

HÉCTOR:

Sí. Los niños tienen un concepto de la justicia muy desarrollado. La reconocen cuando la ven.

ENRIQUE:

Bueno, yo bajo ahora. Más tarde me paso y nos tomamos algo, ¿vale? Venga, nos vemos.

*(Sale Enrique. Héctor vuelve al escritorio. De camino suena un “tin-tin” en la BlackBerry que le anuncia un mensaje. Héctor lo lee y acto seguido marca un número de teléfono).*

HÉCTOR:

¿Sara?... He recibido tu mensaje... Sí, Ricardo ya se ha marchado. Puedes venir cuando quieras... Hasta ahora.

*(Héctor cuelga y vuelve a sentarse frente al ordenador. Teclea algo pero nuevamente se detiene incapaz de seguir. Murmura por lo bajo algo incomprensible. Entra Sara dejando la puerta abierta.)*

SARA:

Perdona por lo de antes.

HÉCTOR:

¿Por qué?

SARA:

Por la escena. Por marcharme como lo hice.

HÉCTOR:

No te preocupes.

SARA:

Es que no puedo aguantarlo. Es superior a mí.

HÉCTOR:

No pienses más en ello. *(Se levanta y cierra la puerta)* Iba a llamarte yo.

SARA:

¿Para qué?

HÉCTOR:

Para contarte algo importante. Tu marido ha venido a decirme algo.

SARA:

¿El qué?

HÉCTOR:

Que dentro de un rato me van a despedir.

SARA:

*(Boquiabierta)* ¿A ti? No es posible... *(Señala al ordenador)* ¿Por esto?

HÉCTOR:

Sí, supongo que lo del producto también influye. Aunque según Ricardo la empresa no va bien y habrá más despidos.

*(Sara, aturdida, se sienta en una de las sillas de la mesa de reuniones.)*

SARA:

Te van a despedir... no puede ser. Ricardo no puede llegar a tanto.

HÉCTOR:

¿Ricardo? ¿Qué quieres decir?

*(Sara no responde. Héctor se acerca a ella y le toca el hombro.)*

¿Qué ocurre?

SARA:

Es que... Hace un par de semanas Ricardo y yo quedamos en el despacho de mi abogado para pactar el acuerdo de divorcio. Cuando terminamos yo salí del edificio y fui a recoger el coche al parking donde lo había dejado. No lo vi aparecer. Ricardo me había seguido. Me paró y me dijo que tenía que renunciar a una parte de las cantidades que habíamos acordado o que de lo contrario me arrepentiría.

HÉCTOR:

¿Te amenazó?

SARA:

Sí. Bueno, no. No fue algo explícito. No me dijo "haré esto o lo otro". Simplemente dijo que me arrepentiría. Que tomaría represalias. Y esta mañana, cuando me lo encontré aquí, me volvió a repetir que dentro de poco yo iba a ver de lo que él era capaz.

HÉCTOR:

*(Incrédulo)* ¿Intentas decirme que Ricardo ha convencido al presidente para que me despida sólo para vengarse de ti?

SARA:

Es capaz de cualquier cosa.

HÉCTOR:

¿Pero es que le has contado a tu marido lo nuestro?

SARA:

No. No le he dicho nada. Pero...

HÉCTOR:

Pero qué.

SARA:

*(Nerviosa)* No sé, puede que lo sospeche. O que me haya puesto un detective. El abogado me dijo que en estos casos la gente suele rebuscar en la vida de la pareja para obtener un mejor acuerdo de divorcio. Hay algunos que son capaces incluso de jugar con los hijos, de manipularlos. ¿Te sorprende que otros intenten hacer daño a tu actual pareja?

*(Héctor se sienta junto a Sara. Cerca, pero evitando el contacto.)*

HÉCTOR:

*(Pensativo)* No, Sara. Esto no tiene nada que ver con tu divorcio. Estoy convencido de ello.

SARA:

¿Y cómo lo sabes?

HÉCTOR:

Lo sé porque aún no te he contado toda la historia. Hay más. Ricardo me ha propuesto que antes de marcharme de aquí le ayude a robar a la empresa el programa de Andy.

SARA:

*(Sobresaltada)* ¿Cómo?

HÉCTOR:

Quiere que le ayude a sacar el programa de aquí sin permiso para vendérselo a alguien. Dice que él puede hacerlo, y que después nos repartiremos las ganancias.

SARA:

No... no es posible. ¿Y eso se puede hacer? Quiero decir, ¿se puede sacar el programa de la máquina y quitárselo a la empresa?

HÉCTOR:

¿Quitárselo? No, no haría falta. Es mucho más sencillo. En realidad lo único que tendría que hacer es entrar en nuestro servidor con mi clave y copiar el producto. No tardaría más que unos pocos minutos. La empresa no lo notaría... seguramente nunca se llegase a descubrir.

SARA:

*(Se levanta)* No puedo creerlo. Todo esto es... es imposible.

HÉCTOR:

¿Imposible? Ya conoces a tu marido.

SARA:

No, no me refiero a eso. Hablo de tu despido. No, Héctor, no me lo creo. Tú serías la última persona a la que despedirían.

HÉCTOR:

No eres la única que piensa eso. Pero yo sí me lo creo. En una empresa nadie es imprescindible. No hay intocables.

SARA:

Quizá, pero hay gente que no puedes echar así, de un día para otro. Piénsalo. A alguien como tú no se le puede despedir de esta manera. Te digo que todo esto es mentira.

HÉCTOR:

¿Cómo va a ser mentira?

SARA:

Estoy segura de que Ricardo te ha engañado.

HÉCTOR:

(*Confuso*) Pero, ¿por qué? ¿Por qué dices eso?

SARA:

Mira, Héctor, desde hace unos meses ahí arriba tienen problemas. El presidente y los del grupo inversor están preocupados. Se han reunido varias veces con los bancos y siempre vuelven cabreados.

HÉCTOR:

Ricardo me dijo que los bancos no nos renuevan las líneas y que la empresa tiene problemas de tesorería.

SARA:

Eso es verdad. El presidente y los inversores culpan a Ricardo. Les he oído echándole la bronca alguna vez. Después de todo él es el director financiero, el responsable de manejar a los bancos. Estas últimas semanas Ricardo no ha parado de enviar memorandos al presidente y al grupo inversor proponiendo ideas, pero se las han rechazado casi todas. Y las que pusieron en práctica, no resultaron. Hace poco tuvo una reunión con el presidente, yo le concerté la cita. Estuvieron discutiendo un buen rato. Y me pareció oír a través de la puerta que el presidente le daba a Ricardo la última oportunidad para limpiar todo.

HÉCTOR:

¿La última oportunidad?

SARA:

Eso dijo. Te juro que eso fue lo que dijo el presidente. Y después de aquello hubo otro par de encontronazos con los bancos y más enfados de los inversores.

HÉCTOR:

Entonces... ¿me estás diciendo que...?

SARA:

Te estoy diciendo que no es a ti a quien va a despedir el presidente. Sino a él. Es a Ricardo a quien van a despedir.

(*Héctor se levanta y pasea nervioso.*)

Ricardo te ha pedido que le ayudes a robar el programa para no irse con las manos vacías.

HÉCTOR:

*(Pensativo)* Él me dijo que necesitaba el dinero por el divorcio. Que el acuerdo que firmará contigo le hará perder mucha pasta.

SARA:

Eso es mentira. Nuestro acuerdo es bastante normal, ten en cuenta que no tenemos hijos.

HÉCTOR:

No sé...

SARA:

Además, ¿por qué no hace él mismo el trabajo? ¿Por qué te involucra a ti?

HÉCTOR:

Ricardo me dijo que su clave no le permite entrar al servidor. Por eso me necesita. Él no puede hacer la copia del programa.

*(Héctor parece tener súbitamente una idea.)*

Espera un momento.

*(A toda velocidad Héctor vuelve a su escritorio, se sienta y teclea febrilmente. Sara se pone detrás de él mirando por encima de su hombro.)*

SARA:

¿Qué haces?

HÉCTOR:

Voy a comprobar si eso es cierto. Si Ricardo puede acceder a la máquina con su clave. *(Sigue tecleando)* Aquí están todos los empleados de la empresa... vamos a ver, vamos a ver... aquí, aquí está Ricardo.

SARA:

¿Qué? ¿Qué pone?

HÉCTOR:

*(Recostándose en el respaldo)* Sí tiene. Ricardo sí tiene permisos para entrar en el servidor. Él podría hacer la copia del programa. *(Mira a Sara)* Me ha engañado.

SARA:



Ya te lo dije. Es todo mentira.

*(Héctor se levanta y vuelve a pasear por el despacho. Sara lo observa desde detrás del escritorio.)*

HÉCTOR:

Entonces, si él puede hacerlo...

SARA:

¿Qué piensas?

HÉCTOR:

Estoy pensando en el porqué. *(Enfáticamente)* ¿Por qué me lo ha pedido a mí? ¿Por qué dejar un testigo? *(Se frota la barbilla, pensando)* Está claro que me ha pedido que lo haga yo por otra razón...

SARA:

¿Por cuál?

HÉCTOR:

Sólo se me ocurre una: para no dejar huellas.

SARA:

¿Qué quieres decir?

HÉCTOR:

Por razones de seguridad, la máquina detecta cuándo alguien accede al código. El ordenador registra el nombre del usuario, la hora de entrada, lo que haces con el programa y la hora de salida. Ricardo por su cargo tiene acceso a todo, pero no hay ninguna razón para que él entre en las tripas del programa. Yo en cambio lo hago a diario. Nadie sospechará si mi nombre aparece ahí, en el registro de accesos.

SARA:

Pero entonces todos sabrán que has sido tú quien ha sacado una copia.

HÉCTOR:

En el equipo de desarrollo hacemos copias a menudo. No de todo el programa, pero sí de algunos trozos para trabajar con ellos sin afectar al resto. La máquina no detecta si

copias todo el producto o sólo una parte. Por eso Ricardo me lo ha pedido a mí. Porque si yo hago la copia nadie sabrá nunca que el programa salió de aquí.

SARA:

Qué hijo de puta. Es un hijo de puta. No debe extrañarte nada de lo que él pueda ser capaz.

*(Héctor se sienta en uno de los confidentes.)*

No le hagas caso. No hagas nada, ¿vale? ¿Cuándo te ha dicho que te comunican el despido?

HÉCTOR:

*(Mira el reloj)* A las diez y media.

SARA:

Verás cómo llega esa hora y no ocurre nada. *(Se acerca a Héctor)* Hoy el presidente no tiene nada apuntado en la agenda y no va a venir a la oficina. Confía en mí, cariño. Todo nos irá bien.

*(Sara levanta a Héctor y le pone las manos en el pecho reclamando su abrazo. Héctor, de espaldas a la puerta va a abrazarla. Suena entonces la extraña musiquilla de la BlackBerry de Ricardo cuando anuncia la llegada de un mensaje. Ricardo está en la puerta y consulta su móvil.)*

RICARDO:

*(Después de leer su mensaje, preocupadamente, como si no hubiese visto nada)* Ah, Sara, estás aquí.

*(Héctor y Sara se separan disimulando su gesto.)*

Ha venido un mensajero con unas flores y está preguntando por ti abajo en recepción.

SARA:

Gracias *(sale)*.

*(Ricardo entra en el despacho sonriente. Héctor le recibe con frialdad.)*

RICARDO:

Algo me dice que ya no estamos solos en esto.

HÉCTOR:

¿Cómo? No entiendo...

RICARDO:

No me tomes por idiota. Se lo has contado todo a Sara. (*Espera respuesta de Héctor, pero Héctor calla*) Has hecho mal, Héctor. Esto no es juego.

HÉCTOR:

¿No es un juego?

RICARDO:

No. No lo es.

HÉCTOR:

¿Estás seguro? Porque a mí me parece que sí. Que todo esto es un juego.

RICARDO:

¿Y qué te lo hace pensar?

HÉCTOR:

Las mentiras que me has soltado desde el momento que has entrado esta mañana por esa puerta.

RICARDO:

¿Mentiras? ¿Qué mentiras?

HÉCTOR:

El presidente no tiene previsto venir hoy.

RICARDO:

¿Cómo qué no? ¿Y tú qué sabes?

HÉCTOR:

Me lo ha dicho Sara. El presidente no tiene anotado en su agenda que vaya a venir hoy.

RICARDO:

¿Y qué? No sería la primera vez que aparece por aquí sin avisar.

HÉCTOR:

El presidente no ha venido.

RICARDO:

El presidente aún no ha llegado. (*Muestra su BlackBerry*) Pero me ha llamado para decirme que está al caer.

(*Héctor no dice nada. Ricardo niega con la cabeza, extrañado.*)

¿Es ésa la gran mentira que te he dicho?

HÉCTOR:

No. Hay algo más.

RICARDO:

¿Qué?

HÉCTOR:

Acabo de comprobar tus permisos en la máquina. Con tu clave es posible acceder al programa. Al contrario de lo que me has dicho, tú sí puedes hacer la copia del producto.

RICARDO:

(*Sorprendido, pero cauto*) ¿De veras? Te juro que no sabía que con mis claves puedo acceder al programa.

HÉCTOR:

Yo creo que sí lo sabías. Pertenece al Comité de Dirección. Todos los miembros del Comité pueden hacerlo.

RICARDO:

Te repito que no tenía ni idea. Pero bueno, supongamos que es así. Que puedo acceder a la máquina.

HÉCTOR:

No hay que suponer nada, puedes hacerlo. (*Va hacia el escritorio*) ¿Quieres verlo?

RICARDO:

No, no hace falta. Te creo.

HÉCTOR:

Será un minuto.

RICARDO:

*(Pidiendo calma con las manos)* Está bien, Héctor. Te digo que está bien. Admito que mi clave me permite entrar en el servidor. No lo sabía, no tenía ni idea, pero si me lo dices te creo. *(Se lo piensa mejor)* Aunque... mira, ya que estás ahí me gustaría que comprobases algo.

HÉCTOR:

El qué.

RICARDO:

*(Señalando el ordenador)* ¿Puedes mirar cuántas veces he entrado con mi clave en el servidor donde está alojado el programa?

*(Héctor no reacciona.)*

Dime, ¿puedes hacer esa consulta?

HÉCTOR:

*(Desconcertado)* Sí. Puedo hacerlo.

RICARDO:

Genial. Hazme un favor. Comprueba los días que lo he hecho.

*(Héctor sigue sin mover un músculo.)*

Vamos, mira a ver. Hazlo.

HÉCTOR:

No hace falta.

RICARDO:

¿Por qué?

HÉCTOR:

Cuando comprobé tus permisos vi que no has entrado nunca en el servidor.

RICARDO:

*(Complacido)* Efectivamente. Nunca me he metido ahí. ¿Y sabes por qué? Pues en primer lugar porque no es mi trabajo. Yo no formo parte del equipo de desarrollo, y como bien sabes, no tengo nada que hacer en la máquina. Pero además hay otra razón. *(Hace una pausa enigmática)* No tengo ni puta idea de cómo hacer para entrar al servidor. Y lo que es peor, si consiguiese entrar no sabría que hacer allí dentro. Ahora dime una cosa. A un tío que en su vida ha estado dentro del servidor, ¿le sería sencillo copiar el programa de Andy y grabarlo en un disco?

*(Héctor no responde.)*

¿Uhm? No te oigo. ¿Sería sencillo?

HÉCTOR:

*(En voz baja)* Hace falta saber.

RICARDO:

*(Se lleva la mano al oído)* Perdona...

HÉCTOR:

*(Alzando la voz)* Que hace falta saber.

RICARDO:

*(Triunfante)* Pues claro, joder. Es normal. Hace falta saber hacerlo. Por eso estoy aquí, Héctor.

HÉCTOR:

Ya, por eso... y también para evitar que nadie sospeche de ti. Para no dejar pruebas.

RICARDO:

*(Acercándose)* Lo cual es lógico, ¿no te parece? Porque después de todo tú te irás de aquí. Pero yo me quedaré con estos hijos de puta. Expuesto a todo lo que pueda ocurrir. *(Se anima)* Pero bueno, tampoco hay que ponerse dramáticos. ¿Sabes lo que te pasa, Héctor? Yo sé cuál es tu problema.

HÉCTOR:

¿En serio? ¿Sabes cuál es mi problema?

RICARDO:

Lo sé. ¿Quieres saberlo? Tu problema es que estás ofuscado.

HÉCTOR:

¿Ofuscado?

RICARDO:

Claro, es normal. Yo lo comprendo. Hoy estás sometido a mucha presión y...

HÉCTOR:

Ya soy mayorcito, Ricardo. Creo que puedo soportar la presión.

RICARDO:

Sí. Pero lo que te iba a decir es que lo que te ha ofuscado es hablar con Sara.

HÉCTOR:

¿Sara? ¿Por qué la sacas a ella? No sé de qué manera Sara podría...

RICARDO:

Oh, yo sí que lo sé. Me casé con ella hace cuatro años y puedo enumerarte las razones que hacen que esa mujer desquicie a cualquier hombre.

HÉCTOR:

Eso son cosas vuestras. No me interesan.

RICARDO:

*(Muy serio, parado frente a él) ¿De verdad? (Pequeña pausa) ¿De verdad no te interesan, Héctor? Porque a mí me parece que sí.*

*(Héctor no responde. Sostiene la mirada de Ricardo. Ricardo recupera su habitual tono jovial.)*

Los hombres y las mujeres somos distintos. Yo creo que alguien descubrirá algún día el gen masculino que nos hace tener una predisposición especial por el trabajo, y el gen de las mujeres por el que ellas prefieren primar su vida familiar. Eso es así, es la naturaleza. Aunque a alguien le pueda parecer machista no hay manera de resistirse a ello. ¿A ti te parece que soy machista?

*(Héctor se encoge de hombros.)*

Pero el caso es que yo cometí dos errores, los dos al mismo tiempo. El primero fue casarme con una mujer que me sacaba nueve años. Yo por entonces tenía treinta y tres, y Sara iba a cumplir cuarenta y dos. Al principio lo intentamos. Intentamos tener hijos, pero no lo conseguimos. No sé si fue porque a ella se le había pasado el arroz, o porque yo no ponía el empeño suficiente o porque los planetas no se alinearon. Yo qué sé. Por

entonces a mí aquello no me supuso ningún trauma, pero las cosas no siguieron su curso lógico. Su curso natural. La palabra clave en todo esto es “natural”, recuérdalo Héctor. Y resulta que la personalidad de Sara cambió rápidamente. No, no se volcó en el trabajo, tú eso ya lo sabes. (*Pensativo*) Ella se encerró en sí misma. Se volvió... mezquina, avariciosa. Yo asistí a aquello totalmente perplejo. De repente empezó a desear un montón de cosas en las que ella nunca había reparado. Vestidos, joyas, zapatos, relojes. Joder, ¿has visto el coche de Sara? Sabes cuál es, ¿verdad? Dime una cosa, Héctor: ¿a cuántas secretarias conoces que conduzcan ese coche? (Héctor *no responde*, Ricardo *continúa*) Un día me dijo: “Ricardo, vamos a cambiar la cocina”. Yo le pregunté, “¿por qué?” Y ella me dijo muy seria: “¿es que no te das cuenta?”. (*Mirando a Héctor*) No. No me daba cuenta. (*Pensativo, recordando*) En pocos meses alcancé el límite de mis posibilidades económicas, y ¿sabes? Ahí entró el segundo error que cometí. ¿Recuerdas? El primero fue casarme con una mujer mucho mayor que yo. El segundo error fue hacerlo en gananciales. Ya que no pude tener aquel hijo con ella decidí que debía seguir su ritmo y contentarla al menos en el asunto material, en las cosas que necesitaba para ser feliz. Ella con su sueldo no podía pedir créditos, así que no tuve más remedio que endeudarme. Que endeudarnos, más bien, porque como te digo estábamos en gananciales. La situación, al contrario de lo que yo pensaba, se fue deteriorando. Cuanto yo más le daba, más quería ella y peor me trataba. Vi que aquello era una huida hacia delante, hacia un precipicio adonde yo no estaba dispuesto a llegar. A mi edad aún puedo rehacer mi vida. Ella también quizá lo consiga, pero ya no me importa. (*Mirando a Héctor*) Que lo haga con otro. Lo único que quiero es perderla de vista. Y para ello tengo que firmar el divorcio y liquidar la deuda que ella me va a dejar. (*Sonríe a Héctor*) Así el que venga detrás se quedará a Sara libre de cargas. Había pactado con ella que yo pagaría dos tercios de la deuda, y ella sólo se haría cargo del tercio restante. Pero el otro día su abogado me envió un papel en el que decía que yo tenía que responder del cien por cien de la deuda por los daños psicológicos que había causado a Sara. (*Chasquea la lengua*) No sé cómo terminará esto, Héctor. Pero gratis no va a ser.

(*Suena la musiquilla extraña de la BlackBerry de Ricardo que anuncia un mensaje. Ricardo lo lee y deja el teléfono sobre la mesa de reuniones.*)

No sé lo que te habrá contado Sara, pero nada de ello cambiará la realidad de las cosas. Créeme.

HÉCTOR:

Sara me ha dicho que el presidente no puede despedirme. Sin mí no hay producto, y sin producto no hay empresa.

RICARDO:

(*Ríe*) Eso sí que tiene gracia.

HÉCTOR:

¿Qué es tan gracioso?

RICARDO:



(*Calmándose*) No, no me estoy riendo de ti. No te lo tomes a mal. Héctor, no eres imprescindible. Quizá durante las semanas posteriores a la muerte de Andy lo eras. Pero ahora... (*Condescendiente*) No has conseguido progresar nada, y lo sabes. Estamos estancados. Más o menos donde nos dejó el pobre Andy. Eso lo sabe todo el mundo. Necesitamos otro jefe de desarrollo. Alguien que esté dispuesto a ir más lejos.

HÉCTOR:

¿Que esté dispuesto a ir más lejos?

RICARDO:

Que lleve el producto adonde quiere el mercado.

HÉCTOR:

En otras palabras, que piratee a los ingleses.

RICARDO:

Que piratee a quien coño haga falta, joder. Esto es una empresa, no un ministerio. Aquí no hay funcionarios. Los ingleses se ocupan de defender sus puestos de trabajo y nosotros tenemos que defender los nuestros. Cuando estemos todos en la puta calle los ingleses no vendrán aquí a ayudarnos, sonrientes y agradecidos por no haber copiado su programa.

HÉCTOR:

Usar su código es ilegal. Un delito.

RICARDO:

Un delito que no se puede demostrar no es un delito, Héctor. Es un acto invisible.

HÉCTOR:

(*Alzando la voz*) Que no se pueda demostrar no lo convierte en legal. Sigue siendo inmoral. Pensar así es estafarnos a nosotros mismos.

RICARDO:

(*En voz alta*) Sí, sí. Todo eso está muy bien. Casi me has convencido. Pero, ¿sabes algo, Héctor? Ese discurso lo has estado pronunciando durante un montón de tiempo ahí sentado, desde la tranquilidad de tu despacho. Con la nómina bien calentita cobrada a fin de mes. (*Bajando el tono*) Pero, ¿qué discurso me vas a echar cuando lleves un año en el paro? Cuando veas cómo va bajando el saldo de tu cuenta corriente y no te llame nadie para una entrevista. ¿Seguirás pensando en los derechos de los ingleses a los que no copiaste? ¿Pensarás en el presidente y en el grupo inversor de esta empresa a los que

no robaste su programa? *(Breve pausa)* Dime Héctor: ¿vas a ser tú uno de los diez justos de Sodoma?

*(Pausa.)*

Escucha, hace dos años el presidente pudo vender la empresa, pero no quiso. Pensó que el precio era bajo. Se equivocó, pero a toro pasado es fácil decirlo. Después entraron los inversores y ahora ellos tienen la mitad de las acciones. Entre ellos y el presidente llevan la empresa y ellos deciden. Deciden por nosotros. Tú esto no lo has buscado. Te han arrastrado. Ellos, los de arriba. Por si no te has dado cuenta son ellos los que llevan las riendas, los que nos dicen cuando avanzar, cuando parar, cuando dar la vuelta... Ni siquiera ahora que piensas que puedes decidir si debes obrar según tu conciencia eres libre de hacerlo. Renunciar a los doscientos mil euros que te estoy metiendo en el bolsillo no es una opción. Es una locura, y lo sabes.

*(Vuelve a sonar la extraña musiquita del móvil de Ricardo anunciando un mensaje. Lo lee.)*

Tengo que hacer una llamada. *(Mira el reloj)* Falta poco para que llegue la hora y suene ese teléfono. Si para entonces no tengo el disco en mi mano, ya no habrá trato.

*(Sale Ricardo pendiente de su BlackBerry. Héctor vuelve a su butaca. Descuelga el auricular de su teléfono y marca un número.)*

HÉCTOR:

*(Deprimido)* Sara, soy yo... Sí, ya se ha marchado... No lo sé. No... no estoy seguro... Quizá, pero no es fácil de saber. *(Mira el reloj)* Será mejor que vengas... Claro, hasta ahora.

*(Aparece Enrique. Viene en mangas de camisa con un voluminoso fajo de folios debajo del brazo y terminando de comerse un Donut.)*

ENRIQUE:

¿Se puede?

*(Héctor asiente. Enrique entra y deja los folios sobre la mesa de reuniones.)*

Me ha parecido ver a Ricardo salir de aquí.

HÉCTOR:

Sí, era él.

ENRIQUE:

*(Chupándose los dedos)* Ya ha venido a verte dos veces. ¿Qué quería?

HÉCTOR:

Nada importante.

*(Héctor se levanta y pasea con las manos en los bolsillos. Enrique saca un chicle. Está sentado despreocupadamente sobre la mesa de reuniones.)*

Venía a interesarse por el programa.

ENRIQUE:

¿Está cabreado?

HÉCTOR:

Supongo que como todos.

ENRIQUE:

¿Qué pasa? ¿Te ha echado la bronca?

HÉCTOR:

No exactamente.

ENRIQUE:

¿Entonces?

HÉCTOR:

Quería entender algunos aspectos del código.

ENRIQUE:

*(Sorprendido)* ¿En serio? Joder, qué raro. Si el tío no tiene ni idea de informática...

HÉCTOR:

*(Algo extrañado)* ¿No sabe nada de informática?

ENRIQUE:

¿Él? Qué va. Ni una palabra.

HÉCTOR:

¿Y tú cómo lo sabes? ¿Lo conoces bien? Quiero decir, ¿tienes confianza con Ricardo?

ENRIQUE:

No. De hecho hasta la semana pasada no había tenido más que un par de conversaciones intrascendentes con él.

HÉCTOR:

¿Hasta la semana pasada?

ENRIQUE:

Sí. Ricardo se vino conmigo a la feria de Hannover. Estuvimos allí unos días y... bueno, pasamos algún tiempo juntos, claro. Charlamos y me contó un poco su vida. Sobre todo lo del divorcio con Sara, la secretaria del presidente. Por lo visto el tío está que se sube por las paredes con ese tema. También me contó que él de informática no tenía ni idea, por eso lo sé.

HÉCTOR:

A la feria de Hannover... Sí. Me ha dicho que hace poco estuvo en una feria.

ENRIQUE:

Fuimos él y yo. Nos ocupamos del stand de la empresa. Joder, contratamos unas azafatas que estaban...

HÉCTOR:

*(Extrañado)* ¿El director financiero? Oye Enrique, ¿es normal que acuda a una feria como la de Hannover el director financiero de una empresa?

ENRIQUE:

Bueno... no. No es normal. Lo suyo es que a las ferias vayamos los comerciales. A Hannover en concreto siempre vamos dos personas de la empresa porque es una feria importante. *(Pensativo)* Estoy pensando... estos últimos años... sí, siempre he ido yo y me ha acompañado un técnico por si salía alguna pregunta difícil y necesitaba ayuda.

HÉCTOR:

Y entonces, ¿qué pintaba Ricardo en Hannover?

ENRIQUE:

Ni idea. Ricardo paró poco por nuestro stand. Me dijo en el avión que él iba a Alemania a establecer contactos con otras empresas y de hecho se dedicó a hablar con bastante gente de otras compañías.

HÉCTOR:

¿Qué compañías? ¿Competidores? ¿Clientes?

ENRIQUE:

Pues no sé... Mira Héctor, lo normal es que a las ferias me acompañe Llopis, pero el chaval sigue de baja por lo de la operación de la rodilla. A Llopis lo puedo vigilar, pero Ricardo es un jefazo. Él va a su bola. No puedo estar controlándole. Entiendes, ¿no?

HÉCTOR:

Ya, ya.

*(Breve pausa)*

ENRIQUE:

Oye, ¿por qué me haces todas estas preguntas de Hannover?

HÉCTOR:

¿Eh? Ah, no, por nada. Me resultaba extraño que... Oye Enrique, ¿recuerdas a los franceses que quisieron comprar la empresa hace un par de años?

ENRIQUE:

Sí, ya lo creo.

HÉCTOR:

¿Estaban ellos también en la feria?

ENRIQUE:

¿En Hannover? Sí. Sí que estaban allí. Con un stand gigantesco.

*(Héctor hace una pausa, pensativo. Enrique parece extrañado.)*

HÉCTOR:

Es raro.

ENRIQUE:

¿Qué es raro? ¿Que vengan los franceses a Hannover? Ellos siempre van por allí.

HÉCTOR:

¿Siempre?

ENRIQUE:

Sí. Las empresas importantes van todos los años.

HÉCTOR:

Sí, claro es normal. Pero no digo que sea raro que vayan los franceses a Hannover. Lo raro es que te acompañase Ricardo.

ENRIQUE:

Ya te digo que Llopis estaba de baja.

HÉCTOR:

Sí, ya. Pero pudo haberte acompañado cualquier compañero de Llopis, ¿no?

ENRIQUE:

Sí, supongo.

HÉCTOR:

Entonces, ¿quién decidió que te acompañase Ricardo a Hannover?

ENRIQUE:

*(Pensativo)* Pues... me llegó un correo. Del propio Ricardo, si no recuerdo mal.

HÉCTOR:

¿Quieres decir que fue él mismo el que se apuntó a la feria?

ENRIQUE:

No sé. Sí, ahora que lo pienso el correo me lo envió el propio Ricardo. En el mensaje me decía simplemente que él me acompañaría a Hannover este año. Pero...

HÉCTOR:

Pero qué.

ENRIQUE:

Pero bueno, en ese correo no queda claro si fue Ricardo quien se autoinvitó a la feria o si iba a Hannover porque se lo había encargado otro. No sé, el presidente tal vez.

HÉCTOR:

¿Me puedes enseñar ese correo? ¿Puedes imprimirlo?

ENRIQUE:

Claro. (*Suspicaz*) Pero primero me tendrás que decir por qué quieres verlo. Quiero saber qué coño está pasando aquí. Y no me digas que no pasa nada.

*(Sara llama a la puerta abierta y entra sin esperar respuesta.)*

SARA:

Ah, hola Enrique. ¿Qué tal?

ENRIQUE:

Hola Sara. Estaba... venía de camino de imprimir las cuentas de mis clientes (*señala el taco de folios que ha dejado encima de la mesa de reuniones*).

HÉCTOR:

Enrique va a traerme un papel que me hace falta.

ENRIQUE:

*(Sonríe suspicaz mirando a Héctor)* Sí, es verdad. Ahora mismo vengo.

*(Sale Enrique y cierra la puerta. Sara se sienta en un confidente frente a la mesa de reuniones. Héctor lo hace junto a ella.)*

HÉCTOR:

Creo que Ricardo dice la verdad.

SARA:

¿Por qué lo crees?

HÉCTOR:

He hecho un par de averiguaciones. Ricardo estuvo en la feria donde dice que pactó la venta del programa de Andy.

SARA:

¿Y?

HÉCTOR:

Es muy raro que un director financiero vaya a esa feria sin un propósito claro.

SARA:

Bueno, ¿y qué? Después de todo yo no dudo que él pretenda robar el programa para vendérselo a alguien. Me parece lógico que lo lleve planeando desde hace tiempo y que haya ido a esa feria a buscar comprador.

HÉCTOR:

Ya. Sí, tienes razón.

SARA:

¿Qué más has averiguado?

HÉCTOR:

Pues también estoy convencido de que Ricardo no puede copiar el producto.

SARA:

¿Cómo que no? Ya comprobaste que su clave tiene permisos de acceso.

HÉCTOR:

Sí, pero no ha entrado nunca en el servidor. Si lo hubiese hecho, habría dejado rastro. Y no hay ninguno.

SARA:

Bueno, pero eso no es definitivo. Si él quisiera, ¿podría entrar ahora o no?

HÉCTOR:

Sí, podría. Pero una vez dentro... En fin, tendría que conocer los pasos que hay que dar para sacar la copia, y no es algo sencillo. Hay que conocer el lenguaje de la máquina y... *(negando con la cabeza)* No, no sabría. Estoy seguro de que no sabría hacerlo.



SARA:

*(Levantándose)* Bueno, está bien. No sabe hacerlo. Me has convencido. Está claro que te necesita para perpetrar el robo. Pero eso no cambia nada. Lo que yo digo es que no te van a despedir a ti, sino a él. El presidente va a echarlo a él. Y por eso te está metiendo prisa para que hagas la copia. Necesita marcharse de aquí hoy mismo con el disco.

HÉCTOR:

*(Debatiéndose en la duda)* No, no... No tiene sentido. Si el presidente fuese a despedirlo a él, Ricardo no lo sabría. El presidente no se lo diría por anticipado. Haría como está haciendo ahora conmigo. Se lo comunicaría por sorpresa.

SARA:

Eso lo haría si Ricardo fuese un ingeniero de desarrollo, como eres tú. Lo haría con alguien que puede causar estragos si pone las manos en el ordenador antes de marcharse. Pero Ricardo no puede hacer nada de eso. ¿Cómo sabes que el presidente no le ha comunicado ya el despido y le ha dado de plazo unos minutos para que recoja sus cosas?

*(Pausa)*

Dime Héctor. ¿No podría ser así?

HÉCTOR:

Sí. Tienes razón, podría ser así. No pasa nada por darle a Ricardo un par de horas para que recoja sus cosas y se marche.

SARA:

¿Entonces?

HÉCTOR:

No lo sé. ¡No lo sé! Por Dios Sara, no paro de darle vueltas. Pero a pesar de todo no consigo saber...

SARA:

Saber, ¿qué?

HÉCTOR:

La verdad. Es imposible saber la verdad. ¿Cómo puedo descubrirla? ¿Cómo? ¿Le pregunto a Ricardo si me está mintiendo? *(Imitando a Ricardo)* "Oh, sí, Héctor. Era

todo mentira. En realidad el presidente me va a echar a mí. Perdóname". (*Suspira*) Si lo descubro tendrá que ser por mis propios medios. Y no se me ocurre cómo.

SARA:

Héctor, si es como yo digo y le haces la copia, se acabará sabiendo. ¡Se acabará sabiendo todo! A Ricardo le dará igual, porque él estará lejos de aquí con un montón de dinero. Pero, ¿qué pasará contigo? ¿Te has parado a pensar en ello?

HÉCTOR:

¿Y tú te has parado a pensar que Ricardo puede estar diciendo la verdad y que el presidente me va a despedir a mí?

SARA:

(*Sentándose*) ¿Y qué si lo hace? ¿Vas a entrar en su juego? ¿Vas a convertirte en él?

(*Héctor no responde. Sara se levanta.*)

Ya te lo he contado varias veces. Ricardo personifica lo que más odio de este mundo. La venta de nosotros mismos. Nuestra sumisión. Decir que sí a todo lo que aborrecemos desde niños. Y no ya en el trabajo, en cualquier ámbito de la vida. (*Se agacha y mira a Héctor a los ojos*) Pero tú piensas como yo. Por eso te quiero. Porque por encima de todas esas cosas absurdas de los adultos nos queda la libertad de decidir en conciencia. Como lo haríamos de niños. ¿Verdad?

HÉCTOR:

Ya no somos niños. Ricardo tiene razón en una cosa: cuando no tienes opciones, no hay espacio para decidir. Sin libertad no hay nada, Sara. Nada de lo que hacemos tiene el menor valor. Ni lo bueno ni lo malo.

SARA:

Puedes decir que no. Tienes la libertad de hacerlo.

HÉCTOR:

La libertad de hundirme, de suicidarme. ¿Es ésa una alternativa?

SARA:

(*Se levanta*) Estás justificándote.

HÉCTOR:

Estoy jugando según unas reglas que no he dictado yo. ¿Es que no lo ves?

SARA:

*(Abatida)* Me parece que estoy hablando con él, no contigo. ¿Sabes una cosa? Cuando discutíamos sobre esto, Ricardo me decía que en el mundo entero no podrías encontrar los diez justos de Sodoma y que Dios sabía de antemano que la ciudad estaba condenada. ¿Conoces la historia?

HÉCTOR:

Sí. Dios le dijo a Abraham que si encontraba en Sodoma sólo diez personas justas no destruiría la ciudad. Al final no las encontré.

SARA:

Al final Sodoma fue destruida porque la gente, pudiendo elegir entre el bien y el mal, escogió el mal. Por mucho que te empeñes, siempre se puede escoger el buen camino. Estoy completamente segura de eso.

*(Suena el tin-tin de la BlackBerry de Héctor que anuncia un mensaje. Héctor lo lee. Mientras tanto Sara curioseaba el taco de folios de Enrique que quedó sobre la mesa de reuniones. Héctor vuelve su atención a Sara, quien distraída señala la pila de folios de Enrique.)*

¿Qué es esto?

HÉCTOR:

Unos papeles de Enrique. Creo que los datos de sus clientes.

SARA:

*(Ojeando uno de los folios)* Son los números de ventas del año pasado. Uf, Enrique debe ganar mucho dinero en comisiones. Según esto cerró operaciones por valor de dos millones ochocientos mil euros.

HÉCTOR:

*(Extrañado)* ¿Dos millones ochocientos mil? ¿Sólo eso? *(Mira por encima del hombro de Sara)* No puede ser. Tiene que haber un error. Déjame ver.

SARA:

*(Le deja el papel)* ¿Un error? ¿Por qué?

HÉCTOR:

*(Leyendo)* Porque el año pasado facturamos algo más de cinco millones. Y Enrique es el único comercial de la empresa.

SARA:

¿Cinco millones? ¿Estás seguro?

HÉCTOR:

Sí. Hace poco se publicaron nuestras cuentas en el Registro Mercantil y las vi por internet.

SARA:

Y entonces, ¿el resto de las ventas?

*(Llaman a la puerta. Héctor da el papel a Sara, abre y entra Enrique. Enrique entrega un folio a Héctor que lo lee, dobla y guarda en el bolsillo del pantalón. Héctor asiente y le da una palmada en la espalda a Enrique. Enrique se acerca a Sara.)*

ENRIQUE:

*(Bromista)* Eh, vosotros dos. ¿Qué hacéis? ¿Me estáis cotilleando mis cosas?

SARA:

*(Le muestra el papel)* ¿Son éstas las ventas que hiciste el año pasado?

ENRIQUE:

*(Ojea el papel)* Sí, éstas son.

HÉCTOR:

¿Todas?

ENRIQUE:

Sí, todas. ¿Por qué lo preguntáis?

SARA:

Porque aquí sólo hay dos millones ochocientos mil euros, y el año pasado la empresa facturó más.

HÉCTOR:

Hicimos unos cinco millones.

ENRIQUE:

Cinco millones ciento veinte mil euros, para ser exactos.

HÉCTOR:

Pero según lo que pone aquí tus clientes no llegaron a los tres millones. ¿Dónde están los que faltan?

ENRIQUE:

*(Despreocupadamente)* En esos papeles no los vais a encontrar. Ahí no están las ventas corporativas.

HÉCTOR:

*(Mirando extrañado a Sara)* ¿Ventas corporativas? ¿Qué es eso?

ENRIQUE:

Son clientes del presidente. Operaciones que cierra él en persona. Yo no intervengo en ellas.

HÉCTOR:

Pero, ¿qué clientes? ¿Puedes poner algún ejemplo? ¿Sabes el nombre de alguna empresa?

ENRIQUE:

Pues... vamos a ver... Como te digo yo no tengo acceso a esas cuentas. Pero entre ellas debe haber alguna empresa muy potente. *(Pensativo)* A ver, creo que Insidesa es una de ellas.

HÉCTOR:

¿Insidesa? ¿El Grupo Insidesa, los que cotizan en bolsa?

ENRIQUE:

Ajá.

SARA:

Las navidades pasadas envié un christmas del presidente a un directivo de Insidesa.

HÉCTOR:

Pero Insidesa no es cliente nuestro. Nunca lo ha sido.

SARA:

*(Extrañada)* ¿No es cliente nuestro? ¿Y tú cómo lo sabes?

HÉCTOR:

*(Vuelve a su silla en el escritorio)* Porque todos nuestros clientes son dados de alta en nuestro sistema de asistencia telemática y para ello yo mismo tengo que validarlos. Si no, no pueden empezar a recibir el servicio. *(Empieza a teclear)* Y nunca he aceptado el alta de Insidesa. Me acordaría de una empresa tan grande.

*(Sara y Enrique se acercan al monitor por detrás de Héctor.)*

SARA:

A lo mejor lo hizo alguien de tu equipo. El alta en el sistema, quiero decir.

HÉCTOR:

¿Dar de alta a un monstruo como Insidesa sin decirme nada? ¿Sin consultarme? Imposible. *(Teclea)* Mirad, aquí está la lista de los clientes que tienen acceso a nuestro servicio de asistencia. Los ordenaré por horas dedicadas, así saldrán primero los más importantes. *(Mira a Enrique)* Entre ellos debería estar alguno de éstos que tú llamas “ventas corporativas”. Son más de dos millones de euros de facturación...

*(Héctor teclea.)*

Aquí los tenéis.

ENRIQUE:

*(Leyendo la pantalla por encima del hombro de Héctor.)* A ver... El primero es mío, y el segundo, y el tercero... baja. *(Pausa)* Baja más. *(Pausa)* Baja.

HÉCTOR:

Ya no hay más.

ENRIQUE:

*(Se incorpora. Muy serio)* No lo entiendo. Son todos míos.

SARA:

¿No será que los clientes del presidente no están en ese listado?

ENRIQUE:

*(Paralizado)* No. Eso no es posible.

HÉCTOR:

Todos los clientes deben tener acceso a nuestro soporte telemático. Si no, no hay forma de abrirles las incidencias.

SARA:

¿Y dónde están esos clientes?

ENRIQUE:

No están...

SARA:

En algún sitio tienen que estar.

HÉCTOR:

Sara, no existe ningún cliente corporativo. El presidente no ha hecho ninguna venta.

SARA:

¿Entonces?

*(Pausa. Enrique, ensimismado se sienta en uno de los confidentes. Héctor deja su butaca frente al ordenador y sigue a Enrique.)*

ENRIQUE:

Hay ventas ficticias. No puede ser.

HÉCTOR:

*(A Enrique)* Ya ves que sí.

ENRIQUE:

No puede ser.

HÉCTOR:

Está claro que lo hacen. Y sólo hay un motivo para ello.

ENRIQUE:

No... Es imposible.

SARA:

Pero...

HÉCTOR:

(A Enrique) ¿Conoces alguna otra razón por la que alguien puede querer hacer esto?

ENRIQUE:

(*Se lleva las manos a la cabeza*) Joder...

SARA:

Pero, ¿qué es lo que ocurre? ¿Me lo puede explicar alguien?

ENRIQUE:

Están blanqueando dinero.

SARA:

¿Cómo?

ENRIQUE:

La empresa está blanqueando dinero. Por eso inflan los ingresos.

SARA:

No entiendo nada. ¿Cómo es eso de blanquear dinero?

HÉCTOR:

Es muy sencillo. Nuestros compañeros de Administración, sin saberlo ellos, están contabilizando facturas falsas que nosotros emitimos a clientes ficticios como Insidesa. Por eso nuestras ventas están infladas.

SARA:

¿Quieres decir que el presidente está pasando a Administración facturas falsas para contabilizarlas? Pero, ¿por qué?



HÉCTOR:

Porque así puede justificar ante Hacienda que el dinero que hay en la caja de nuestra empresa proviene de operaciones legales. Cuando en realidad ese dinero es dinero negro.

SARA:

¿Y de dónde sacan el dinero negro?

HÉCTOR:

Mejor no saberlo.

SARA:

Pero... ¿y los de Insidesa? Algo tendrán que decir.

HÉCTOR:

Los de Insidesa están en el ajo. A ellos les interesa participar en el blanqueo, pues las facturas falsas que nosotros les damos ellos se las desgravan. Declaran menos beneficios y así pagan menos impuestos.

SARA:

Entonces, en realidad ganamos menos dinero del que decimos que ganamos. Es toda mentira.

HÉCTOR:

Sí. Habría que ver los números, pero si contamos sólo las ventas de Enrique es posible que la empresa esté perdiendo dinero.

*(Sara se sienta junto a Enrique en estado de shock. Enrique parece reaccionar. Se levanta.)*

ENRIQUE:

*(Señalando a Héctor con el dedo)* Tú... *(señala a Héctor y a Sara)* Vosotros dos lo sabéis. Sabéis que aquí pasa algo. Aquí está pasando algo, ¿verdad? Vamos, Héctor. Quiero saberlo.

*(Héctor titubea.)*

Vamos, dímelo. No me jodas, soy tu amigo. Desde esta mañana aquí está pasando algo. Dime qué es.

SARA:

Ricardo ha dicho a Héctor que el presidente lo va a despedir hoy.

(Enrique *mira perplejo a Héctor.*)

ENRIQUE:

¿Que te van a despedir? ¿A ti? ¿Y por qué no me lo has dicho antes? ¿No pensabas decírmelo?

HÉCTOR:

Qué más da, Enrique. Te ibas a enterar dentro de un rato. No hubiese cambiado nada.

ENRIQUE:

Pero somos amigos, ¿no?

HÉCTOR:

(*Alzando el tono*) Sí, lo somos, ¿y qué? ¿Eso va a cambiar algo? A mí me parece que no, que no va a cambiar nada. (*Pausa. Más calmado*) Perdona, estoy muy nervioso.

ENRIQUE:

(*Sin prestar atención*) Pero no lo entiendo. ¿Cómo van a echar a ti? Eres el único que...

HÉCTOR:

(*Interrumpiendo*) Traerán otro jefe de desarrollo. Seguramente ya lo tengan contratado.

ENRIQUE:

¿Te van a sustituir por otro? ¿Eso es todo?

SARA:

¿Qué quieres decir?

ENRIQUE:

(*A Héctor, nervioso*) ¿No van a echar a nadie más?

HÉCTOR:

No lo sé... Ricardo no fue muy claro. Creo que dijo que habría más despidos a fin de año, pero probablemente sólo de gente de mi equipo. De desarrollo.

SARA:

(A Enrique) ¿Es que sólo puedes pensar en ti?

(Enrique mira confuso a Sara, pero no responde.)

HÉCTOR:

(A Sara) No seas dura con Enrique. Él no puede hacer nada por mí. Es normal que se preocupe por su trabajo. Somos humanos. (Condescendiente, mirando a Enrique. Pone su mano en el hombro de Enrique) No te preocupes. A ti será al último al que despidan. Llevas a los clientes. Al menos a los únicos que pagan algo por serlo.

ENRIQUE:

Pero si Ricardo te ha dicho... quizá él sepa qué va a pasar.

HÉCTOR:

Ricardo no me ha dicho nada concreto. Y nunca me lo diría. En estos casos lo último que pretenden es propagar temor entre la plantilla.

ENRIQUE:

Pero si le dices...

HÉCTOR:

(Negando con la cabeza) No. No hay forma de saberlo. Anda, vuelve a tu sitio y no digas nada a nadie. Luego te llamo y nos tomamos ese café, ¿de acuerdo?

(Héctor acompaña a Enrique a la puerta y lo conduce fuera. Cierra.)

SARA:

¿Por qué no le has contado la propuesta de Ricardo?

HÉCTOR:

¿La propuesta?

SARA:

Sí. Lo de copiar el programa de Andy para venderlo a los franceses.

HÉCTOR:

¿Por qué habría de contárselo?

SARA:

¿Y por qué no? ¿No te interesa conocer su opinión? Es tu amigo...

HÉCTOR:

Enrique ahora mismo sólo tiene una preocupación: no perder su puesto de trabajo. ¿Acaso crees que sería capaz de pensar con claridad? ¿Debería fiarme de su criterio estando sometido a esa presión?

SARA:

En una empresa como ésta todos pensamos bajo presión todos los días.

HÉCTOR:

No es lo mismo.

SARA:

Sí que lo es. *(Breve pausa)* No, Héctor. No se lo has contado a Enrique por otra razón.

HÉCTOR:

¿Por cuál?

SARA:

Para no dejar más testigos.

*(Pausa)*

Ya lo tienes decidido. Vas a participar en el robo. *(Niega con la cabeza, abatida)* Pero no te quieres dar cuenta de que es todo mentira. De que esto es una trampa que te ha tendido Ricardo para que le pagues tú la indemnización de su despido. Y de paso para mortificarme a mí y demostrarme que él es como todos.

HÉCTOR:

¿Eso crees?

SARA:

Sí, eso creo. Creo que tienes el anzuelo bien dentro. Pero piensa una cosa. Incluso si fuese cierto que te van a despedir, si le das a Ricardo el disco, ¿de verdad piensas que él te va a pagar tu parte?

*(Héctor, que hasta ahora estaba cabizbajo, mira fijamente a Sara. Antes de que pueda decir nada Enrique abre la puerta e irrumpe en el despacho.)*

ENRIQUE:

Héctor, escucha. Se me ha ocurrido algo.

*(Héctor no reacciona. Enrique mira confuso a Sara y a Héctor.)*

HÉCTOR:

*(A Enrique)* ¿Qué dices?

ENRIQUE:

*(Intimidado)* Que he tenido una idea.

HÉCTOR:

¿Una idea? ¿Para qué?

ENRIQUE:

Para descubrir la verdad. Lo que pretenden hacer con nosotros.

HÉCTOR:

Está bien. ¿De qué se trata?

ENRIQUE:

*(Tímido)* Tal vez deberíamos hablar a solas de esto.

HÉCTOR:

*(Mirando a Sara)* Ella sabe todo y además no dirá nada a nadie. Puedes estar tranquilo.

ENRIQUE:

Es que no es algo que...

SARA:

Vamos, puedes decir lo que sea. Ya hemos oído de todo esta mañana.

(Héctor *asiente invitando a hablar a Enrique.*)

ENRIQUE:

Vamos a ver. Si no he entendido mal Ricardo te ha dicho que el presidente te va a despedir hoy, ¿no? Pues en ese caso es evidente que el presidente y Ricardo han comentado cosas sobre ello. En persona, por teléfono y, seguramente, también por correo electrónico. Mi idea es que entres en el correo electrónico de Ricardo o en el del presidente y mires de qué han hablado. Así sabremos...

HÉCTOR:

¿Entrar en sus mails? ¿Tú estás loco?

ENRIQUE:

Puedes hacerlo. Tienes acceso a la máquina y administras las claves de todos.

HÉCTOR:

¿Pero es que no te das cuenta de lo que dices?

ENRIQUE:

Sí, me doy cuenta. Me doy cuenta de que tenemos todo el derecho a saber qué coño está ocurriendo aquí. Porque sí, es verdad que la empresa es de ellos. Pero en todo este tinglado también se está hablando de nuestros trabajos, de nuestra vida. ¿Acaso ellos nos preguntan a nosotros nuestra opinión sobre estas cosas? Y para el blanqueo de dinero, ¿te preguntaron qué opinabas tú? ¿Tuviste ocasión de decirles que no te parecía bien lo que hacían? (*Mirando a Sara*) Y tú, ¿no dices nada? ¿No crees que tengo razón?

HÉCTOR:

Sara no dice nada. Ninguno decimos nada.

ENRIQUE:

Pero Héctor...

HÉCTOR:

Escucha Enrique: hazte un favor. No hagas ninguna tontería ni digas nada de lo que puedas arrepentirte más tarde. *(Acompañando a Enrique a la puerta. Enrique se deja llevar)* Anda, déjanos solos y espera a que te llame. ¿Vale?

*(Sale Enrique. Suena el tin-tin de la BlackBerry de Héctor. Va a la mesa, lee el mensaje y deja el teléfono sobre el escritorio. Se vuelve a Sara.)*

SARA:

Hay una cosa que no entiendo.

HÉCTOR:

¿Sólo una cosa?

SARA:

Sí, sólo una. ¿Quieres saberla?

HÉCTOR:

Sí.

SARA:

No entiendo por qué te causa un conflicto moral entrar en el mail del presidente pero en cambio no te causa un conflicto moral robarle el programa de Andy.

HÉCTOR:

*(Se deja caer en uno de los confidentes)* ¿Quién te ha dicho que no me causa un conflicto moral robarle el programa? Que en un momento dado me vea obligado a hacerlo no significa que me parezca bien.

SARA:

Bueno, teniendo en cuenta que la cuestión esencial de todo este lío es descubrir si lo de tu despido es una trampa de Ricardo, me parece que entrar en su correo o en el del presidente estaría justificado. Sería una obligación. Estarías obligado a hacerlo, ¿no es así? *(Pausa. Sara se acerca a Héctor sin tocarlo)* ¿No es así? Vamos, entra en el correo del presidente y comprueba cómo tengo razón. Comprueba que Ricardo te ha mentado. *(Breve pausa)* Vamos, Héctor. ¿Por qué no quieres hacerlo?

HÉCTOR:

*(Suspira)* Te confieso que sí quiero hacerlo. *(Mirando a Sara)* Pero no puedo. El sistema no me deja ver su clave. Para entrar en el correo tendría que cambiársela y

entonces el presidente sabría que yo he entrado en su mail. Soy el único que puede cambiarle la clave. Si tú tienes razón y Ricardo me ha mentado, entonces el presidente me echaría por espiarle su cuenta. Por eso no puedo hacerlo.

*(Sara se pone detrás de Héctor y le acaricia el pelo. Aparece Ricardo sin llamar.)*

RICARDO:

Sara. Ha llegado el presidente. Está arriba y pregunta por ti.

*(Sara parece desconcertada. Mira con desprecio a Ricardo. Después se vuelve a Héctor, quien le indica que se marche. Sale Sara. Suena entonces la extraña melodía de la BlackBerry de Ricardo. Mientras Ricardo lee el mensaje, Héctor recoge su propia BlackBerry del escritorio. Ricardo deja su teléfono sobre la mesa de reuniones.)*

HÉCTOR:

Está bien, Ricardo. Explícame cómo lo vamos a hacer.

RICARDO:

Muy fácil. Antes de subir a ver al presidente me das el disco con la copia del programa. Esta tarde llamaré a los franceses y quedaré con ellos. Les entregaré el disco y ellos me darán el dinero. Cuando lo tenga te daré tu parte.

HÉCTOR:

*(Paseando por el despacho frente a Ricardo)* ¿Confías en los franceses? ¿Cumplirán su parte? ¿Estás seguro?

RICARDO:

Pues claro. Ellos quieren el programa y yo el dinero. El intercambio se hará en el momento. Somos todos unos caballeros.

HÉCTOR:

¿Y yo? ¿Cómo sé que tú cumplirás tu palabra y me darás mis doscientos mil euros?

RICARDO:

*(Sonriendo)* Bien, vale, es justo que me hagas esa pregunta. Después de todo yo podría escaparme a Brasil con la pasta, ¿verdad?

HÉCTOR:



¿Vas a hacerlo?

RICARDO:

No, no voy a hacerlo. Aún tengo mucho que hacer en este país y un millón de euros tampoco es una cantidad como para retirarse para siempre. Al menos si eres joven y tienes unos gastos normales. Con dinero esta ciudad es divertida, pero cara ¿no te parece?

HÉCTOR:

Sí, me lo parece. Pero estábamos hablando de otra cosa.

RICARDO:

Ah, sí. Me preguntabas cómo puedes estar seguro de que te daré tu parte del precio.

HÉCTOR:

Doscientos mil euros.

RICARDO:

Eso es. Doscientos mil euros. Bien, veamos Héctor. Supongamos por un momento que yo no te entregase tu parte. En ese caso, ¿tú qué harías?

HÉCTOR:

*(Deja su BlackBerry sobre la mesa de reuniones)* No lo sé.

RICARDO:

¿Te sentirías engañado? ¿Furioso?

HÉCTOR:

Eso sin duda.

RICARDO:

¿Tendrías ganas de vengarte?

HÉCTOR:

Sí.

RICARDO:

¿Te gustaría verme en la cárcel?

HÉCTOR:

Puedes estar seguro.

RICARDO:

*(Sonriendo)* Sí. Estoy convencido de que sería así. Te sentirías engañado, furioso, querrías vengarte... ¿Qué harías en tal caso? *(Se encoge de hombros)* No lo sé, es difícil saberlo. Pero quizás, quizás, si yo no te diese tu parte del dinero, tú podrías pedir una cita con el presidente para confesarle que me habías ayudado a vender el programa de Andy a los franceses y traicionarme. ¿Me equivoco?

HÉCTOR:

No. Creo que no te equivocas. Es posible que hiciese algo así.

RICARDO:

*(Asintiendo)* Aunque claro, en ese caso, los dos tendríamos un problema. *(Señala a Héctor)* La empresa te denunciaría a ti también.

HÉCTOR:

Sí. Puede que lo hiciese. Aunque a lo mejor yo conseguiría que me perdonasen a cambio de denunciarte a ti.

RICARDO:

Exacto. Ahora que lo dices... sí., seguramente te acabarían perdonando a cambio de delatarme. Pero aunque no lo hicieran, aunque no te perdonasen, creo que se te escapa algo.

HÉCTOR:

¿Qué?

RICARDO:

Que en todo caso tú ya estarías en el paro con bastantes problemas. Mientras que yo aún conservaría mi trabajo y además tendría un montón de pasta a mi disposición. Mira Héctor, lo que trato de decirte es que, lo mires por donde lo mires, yo tengo mucho más que perder que tú. No me interesa que me traiciones y que hables del robo. Así que lo mejor que puedo hacer es pagarte tu parte, que después de todo no es tan alta, y asegurarme para siempre la impunidad. ¿No estás de acuerdo?

HÉCTOR:

Sí.

RICARDO:

Si tú estuvieses en mi lugar, ¿pagarías su parte a tu cómplice?

HÉCTOR:

Sí que lo haría. Sería estúpido no hacerlo.

RICARDO:

*(Guiña un ojo)* Digamos que te interesaría hacerlo. Con que asunto arreglado.

HÉCTOR:

*(Pensativo)* ¿Y cuánto tiempo tardarás en tener el dinero?

RICARDO:

Tres o cuatro días. No más. Estas cosas hay que hacerlas rápidamente.

HÉCTOR:

¿Y cómo me darás mi parte?

RICARDO:

*(Ríe)* En un maletín. No pretenderás que te haga una transferencia ni que te dé un recibo. *(Se pone serio de golpe)* Te daré una o dos bolsas con billetes de cien y doscientos euros. Será dinero negro. ¿Sabes cómo manejarlo?

*(Héctor niega con la cabeza.)*

Pues abre bien los oídos. Ni se te ocurra hacer un ingreso en tu cuenta corriente, comprarte un coche o cancelar la hipoteca. Usa el efectivo en pequeñas cantidades, preferiblemente para pagar servicios sin factura. También puedes usar el dinero para compras en metálico, como gasolina, supermercados, ropa... Si necesitas usar cantidades importantes tendrás que blanquearlo.

HÉCTOR:

¿Cómo se blanquea?

RICARDO:

Es muy fácil. Hay varias formas, pero lo mejor es que montes una empresa y encuentres a alguien que te acepte facturas falsas. Esas facturas te servirán para justificar el dinero que tienes en el remoto caso de que Hacienda te inspeccione. ¿Has entendido?

HÉCTOR:

*(Vacilante)* Creo que sí. *(Recoge la BlackBerry de la mesa y la guarda en el bolsillo)* Pero no sé quién me va a aceptar facturas falsas.

RICARDO:

Cualquiera que esté ganando pasta y no quiera pagar impuestos. Cuando llegue el momento yo te echaré una mano.

HÉCTOR:

Gracias.

RICARDO:

En todo caso, si tienes alguna duda, antes de hacer nada me llamas. No hagas ninguna tontería, ¿de acuerdo? *(Héctor asiente)* Ahora me tengo que ir.

*(Héctor recoge la BlackBerry de la mesa de reuniones y se la entrega a Ricardo.)*

Gracias. Luego me paso. Ya falta poco.

*(Sale Ricardo. Héctor cierra la puerta. Camina pensativo hacia el centro del escenario. Mete la mano en su bolsillo y saca la BlackBerry. Teclea algo. Deja el teléfono sobre la mesa de reuniones y vuelve a su escritorio. Teclea en el ordenador durante unos instantes. Entonces, procedente de la BlackBerry situada sobre la mesa de reuniones de Héctor, suena la extraña melodía que anuncia la llegada de un mensaje en el teléfono de Ricardo. Héctor corre al aparato y lee el mensaje. Parece sorprendido. Ricardo aparece en ese momento en la puerta. Ricardo muestra a Héctor el teléfono que lleva en la mano.)*

Me parece que nos hemos confundido de teléfono. *(Señala la BlackBerry que Héctor tiene en la mano)* Ése de ahí es el mío.

*(Ricardo avanza hacia Héctor para recuperar su teléfono, pero Héctor hace un gesto para alejar el móvil de Ricardo.)*

HÉCTOR:

En realidad no nos hemos confundido, Ricardo. Me he quedado con tu móvil intencionadamente. ¿Quieres saber por qué?

*(Ricardo lo mira confuso.)*

Porque tenía interés en enviarle al presidente un mensaje haciéndome pasar por ti. Vamos, no me mires así. Ha sido un mensaje muy corto, sólo tres palabras. ¿Quieres

saber cuáles? (Héctor *muestra la pantalla a Ricardo*) “Héctor no acepta”. La respuesta del presidente me ha llegado en menos de un minuto. Y su mensaje ha sido aún más corto que el mío. (Héctor *muestra la pantalla a Ricardo*) Una sola palabra: “insiste”.

(Héctor *le tira la BlackBerry a Ricardo, que la agarra al vuelo.*)

No sabía si me estabas diciendo la verdad y si el presidente me iba a despedir a mí. Pero sí que estaba seguro de algo: si lo era, si todo esto era verdad, no podía ser idea tuya. Tú no tienes el valor de organizar algo así. Tú sólo sabes cumplir órdenes. Eres un gregario.

RICARDO:

Entonces estamos donde estábamos. Ya sabes que te vamos a echar. Que yo no te he engañado.

HÉCTOR:

Sí, lo sé. Pero si quieres que colabore tendrás que poner de una vez las cartas boca arriba.

RICARDO:

(*Dejando el móvil de Héctor sobre la mesa de reuniones*) De acuerdo. Debo reconocer que has estado muy hábil, Héctor. Aunque si te soy sincero no sé muy bien qué quieres que te cuente. Supongo que ya lo sabes todo.

HÉCTOR:

No todo. Hay cosas que sí sé, pero otras sólo las sospecho.

RICARDO:

De acuerdo, dime lo que sabes y yo pondré el resto.

(*Ricardo se sienta en uno de los confidentes, cruza las piernas y observa a Héctor, que pasea por el despacho.*)

HÉCTOR:

Está bien. Veamos... sé que es cierto que me vais a despedir. Pero no por los problemas financieros de la empresa, que seguramente existen. En realidad hay otro motivo. ¿Voy bien?

RICARDO:

Vas bien, continúa.

HÉCTOR:

Sé que el presidente y tú habéis estado utilizando la empresa para blanquear dinero. No sé desde cuándo, ni de dónde proceden esos fondos y, francamente, prefiero no saberlo. Sospecho que la operación de blanqueo es importante pues es posible que empresas potentes como el Grupo Insidesa estén involucradas de alguna manera. Habéis sido capaces de mantener todo esto tapado aprovechando que en nuestra empresa las responsabilidades están muy parceladas, y que aquí la mano derecha no sabe lo que hace la izquierda. Ni los comerciales saben qué clientes tenemos dados de alta en el sistema técnico, ni nosotros tenemos información comercial de los clientes. (Héctor *hace una pausa. Mira a Ricardo, pero éste sonríe sin decir nada*) Sé que es cierto que hace un tiempo unos franceses vinieron a comprar la empresa, y sé que el presidente no quiso aceptar la oferta. Aunque sospecho que le hubiese gustado hacerlo pero que no lo hizo porque una vez aquí, una vez dentro de esta empresa, los franceses no habrían tardado ni cinco minutos en descubrir la trama de blanqueo que tenéis montada. (Héctor *hace otra pausa, pero Ricardo sigue impertérrito*) Sé que después de la frustrada venta a los franceses entró en nuestra empresa un grupo inversor que puso un dinero en la empresa y a cambio se quedó con el cincuenta por ciento de las acciones. Sospecho que el presidente está deseando quitarse de en medio pero claro, no se resigna a no sacar tajada de la empresa, y dado que no puede venderla sin riesgo de que se descubra lo del blanqueo se ha propuesto convertir en dinero lo único que hay de valor en ella: el producto de Andy. Pero claro, si lo hace de forma abierta, transparente, legal, no tendrá más remedio que dejar que el grupo inversor se lleve la mitad del precio que paguen los franceses. Después de todo, ellos tienen el cincuenta por ciento de las acciones. Así que el presidente pensó que es mucho mejor vender el producto de Andy de manera clandestina y llevarse todo el pastel. Por último sospecho que el beneficio que os repartiréis el presidente y tú es mucho mayor del millón y pico del que me has hablado esta mañana. Seguramente será una cantidad más alta. ¿Cuánto? No lo sé. Lo suficiente como para que mi parte sean unas migajas que no hay problema en pagar para aseguraros de que yo nunca diré nada. (Héctor *se detiene frente a Ricardo para decir las últimas palabras*) En resumen: todo esto no es más que una estafa a los inversores.

(Héctor *hace una pausa y se apoya con los brazos cruzados en la mesa de reuniones mirando a Ricardo. Ricardo se levanta.*)

RICARDO:

Muy bien, Héctor. Muy bien. Todo lo que sabes es verdad. Y lo que sospechas también. Aunque te estás poniendo de víctima, y en realidad tú no eres la víctima de este crimen.

HÉCTOR:

¿Cómo que no? Me vais a despedir, ¿es que eso no cuenta?

RICARDO:

Sí, claro que cuenta. (Ricardo *se acerca a Héctor y le habla confidencialmente*) Pero lo que no sabes es que dentro de unos meses la empresa presentará el concurso de acreedores. Se liquidará y todo se irá a la mierda.

HÉCTOR:

*(Sorprendido)* ¿Vais a cerrar la empresa?

RICARDO:

Ya lo creo. Cuando tú nos avisaste de que el producto no iba a funcionar nos reunimos con los inversores y les dijimos que o ponían más dinero o nos veíamos abocados al cierre. Fue fácil hacerles llegar a la decisión correcta. Dejamos que ellos decidiesen. Y al final ellos decidieron abandonar.

*(Héctor se deja caer sobre el confidente.)*

Así que después de todo no te estás perdiendo nada. Te marcharás un poco antes que el resto, pero con un montón de pasta en el bolsillo. Igual que el presidente e igual que yo. Todos estamos en el mismo barco.

HÉCTOR:

*(Abstraído)* Decidieron dejarlo... los inversores decidieron dejarlo.

RICARDO:

Sí, es normal. No sé de qué te extrañas. Esa gente funciona con números. El dinero que nos dieron ya lo dan por perdido. Para ellos ahora la cuestión es: “¿les damos más pasta a estos tíos para que la pierdan o nos la reservamos para proyectos mejores?” Habida cuenta de cómo van las cosas aquí decidieron no tirar más billetes por el inodoro. Francamente yo no se lo reprocho.

HÉCTOR:

El presidente me defendió sabiendo que el producto no iba a funcionar... Lo hizo a propósito. *(Como volviendo en sí)* ¿Y si el programa hubiese funcionado?

RICARDO:

No iba a funcionar. Tú lo dijiste.

HÉCTOR:

Si hubiese pirateado a los ingleses el programa habría funcionado. En tal caso, ¿qué habría pasado?

RICARDO:

¿Y qué importa eso ahora?

HÉCTOR:

*(Levantándose)* ¡Sí que importa! ¡Vamos, habla! ¿Qué habría pasado si yo hubiese conseguido hacer funcionar el programa?

RICARDO:

*(Hace una seña para que Héctor baje el volumen)* No lo sé... seguramente no habríamos podido convencer a los inversores para que cerrasen. Pero, ¿qué más da? Lo que ha pasado, ha pasado. Ya no hay vuelta atrás.

HÉCTOR:

*(Para sí)* El presidente me defendió para llegar hasta aquí. Joder, os he puesto la espada en la mano. *(Señala a la puerta del despacho)* ¿Y ellos? ¿Y nuestros compañeros?

RICARDO:

Nuestros compañeros, ¿qué? ¿Ahora me sales con ésas? ¿Sabes cuánta gente se ha quedado sin trabajo en esta crisis? ¿De veras lloras cuando ves el telediario? *(Señala la puerta del despacho)* Ésos de ahí fuera perderán su trabajo independientemente de que tú hagas la puta copia del programa. Y te diré además que si ellos estuviesen en tu lugar no dudarían ni un solo segundo en hacer la copia. *(Pausa)* A ver si te enteras de una vez que aquí no estamos hablando de nuestros compañeros. Ni siquiera estamos hablando de esta empresa. Estamos hablando de ti.

HÉCTOR:

¿Pero es que no puedes pensar ni siquiera un momento en las personas que han trabajado contigo todos estos años?

RICARDO:

¿Acaso lo has hecho tú? ¿Lo hacías cuando te negabas a copiar a los ingleses condenándonos a tener un programa que no había por dónde cogerlo? Dime. ¿Te has parado a pensar en la responsabilidad que tendrás tú en el futuro de ellos?

*(Héctor no responde. Asiste alicaído al monólogo de Ricardo. Ricardo lo ve y se acerca a él para hablarle en un tono más compasivo.)*

Déjalo estar, Héctor. No puedes hacer nada. En una empresa como ésta las decisiones nunca las tomamos nosotros. Las ejecutamos. *(Breve pausa)* Esto es Sodoma. Nosotros no queríamos venir aquí, pero el caso es que estamos en esta ciudad ajenos a los pecados que otros cometen y que nos condenan. El problema es que nosotros tampoco somos justos, y por ello no tendremos más remedio que sufrir la cólera de Dios.

*(Sara llama a la puerta, entra y habla desde la puerta.)*

SARA:

*(Compungida)* Héctor. El presidente te llama a su despacho.



*(Héctor mira alternativamente a Sara a su izquierda y a Ricardo a su derecha. Sopesa qué hacer.)*

HÉCTOR:

*(Respirando hondo)* Subo en seguida.

*(Héctor rodea su escritorio, se sienta frente a su pantalla y empieza a teclear. Saca un disco del cajón de su escritorio y lo introduce en el ordenador. Ricardo contempla la escena, satisfecho. Sara se acerca a Héctor.)*

SARA:

*(Afectada)* No tienes por qué hacerlo.

HÉCTOR:

¿Y qué sugieres que haga? Dime.

SARA:

Denúnciales. Yo iré contigo.

HÉCTOR:

*(Extrañado)* ¿Denunciarles?

SARA:

Sí. Han cometido fraudes. Delitos. Son unos delincuentes, tú lo sabes.

HÉCTOR:

No, Sara. Yo no sé nada.

SARA:

¿Cómo que no? ¿Y lo de Insidesa? ¿Lo del blanqueo de dinero?

HÉCTOR:

No podemos demostrarlo. No hay pruebas.

SARA:

Serán fáciles de encontrar.

HÉCTOR:

Serán imposibles de encontrar. ¿Es que piensas que esta gente no sabe cómo hacer esas cosas? ¿Crees que dejan pistas? ¿Que no toman precauciones?

SARA:

Pero tú viste que los clientes eran falsos. (*Señala el ordenador*) Que no están dados de alta en el sistema.

HÉCTOR:

Tardarán cinco minutos en ponerlos cuando yo me haya ido. (*Suspira*) Escucha Sara, si vamos a la lucha perderemos. Tienen un ejército de abogados que conseguirán que salgan impunes.

SARA:

No perderemos. No perderemos porque son culpables.

HÉCTOR:

Perderemos. Perderemos en todo caso. Aunque consigamos que terminen en la cárcel, ¿qué empresa confiará en dos empleados que delataron a sus jefes? Que denunciaron a su empresa, que la traicionaron. Dime, Sara: ¿quién querrá contratarnos? Seremos dos leprosos. (*Señala a Ricardo*) Junto con la de ellos, el juez habrá firmado nuestra sentencia.

SARA:

(*Derrotada*) No... no puedo creer que tú... Tú sabes que son culpables.

(*Héctor niega con la cabeza y termina de hacer la copia. Saca el disco del ordenador. Ricardo sigue asistiendo a la escena en un segundo plano.*)

HÉCTOR:

Lo que yo sepa no tiene importancia. No tengo más remedio que rendirme.

SARA:

No, rendirte no. Colaborar. Convertirte en cómplice.

HÉCTOR:

*(Levantándose)* No me he convertido en su cómplice, Sara. No lo he hecho. Desde el mismo momento que esta mañana entré en el despacho ya lo era. Ya era su cómplice y yo ni siquiera lo sabía. En realidad en ningún momento he tenido la libertad de convertirme en cómplice. Ya estaba todo decidido. Ya estaba hecho.

*(Héctor se detiene junto a Sara. Trata de tocarla, pero ella lo evita. Sara va a la puerta del despacho. Ricardo la abre y, muy apenada, Sara sale. Ricardo se pone frente a la puerta del despacho. Héctor camina hacia él y se detiene.)*

Tienes razón, Ricardo. Yo no soy uno de los diez justos.

*(Héctor le entrega el disco. Se dispone a salir, pero antes de hacerlo se da la vuelta.)*

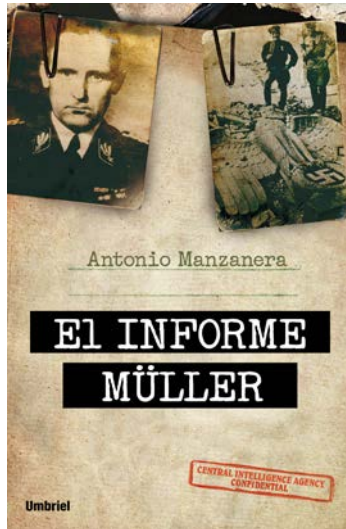
Pero Dios no debió destruir Sodoma. Estoy seguro de que en aquella ciudad había más de diez niños.

*(Héctor sale del despacho. Ricardo queda solo. Mira el disco, queda pensativo unos instantes y después, sonriendo, apaga la luz del despacho y cierra la puerta.)*

TELÓN

Madrid, noviembre de 2012

## Otras obras del autor



El antiguo director de la Gestapo, Heinrich Müller, lleva en paradero desconocido desde el 1 de mayo de 1945, cuando desapareció del búnker de la Cancillería de Berlín donde se suicidó Adolf Hitler.

Inesperadamente, Müller reaparece en la República Federal de Alemania. Contacta con el servicio secreto británico, el MI6, al que desvela que después de la Segunda Guerra Mundial se refugió en la URSS como parte de un trato con el servicio secreto soviético.

Ahora, después de huir del bloque soviético, Müller ofrece al MI6 información sobre actividades de espionaje de la URSS a cambio de protección personal.

Dos días después aparece muerto en Múnich

<http://www.elinformemuller.com/>



Vincenzo Sunny Santino es un capo de la familia Pugliese de Reno que está cumpliendo condena por el asesinato de una mujer llamada Lucy Lee. La CIA consigue para Sunny el tercer grado con la condición de que emplee sus contactos mafiosos en La Habana para participar en un complot para asesinar a Fidel Castro.

Pero todo empezará a salir mal...

Inspirada en hechos reales, "La suave superficie de la culata" nos adentrará en el enigmático mundo de La Cosa Nostra en los Estados Unidos de los años 60, donde el juego, la corrupción y la violencia conformaban un peligroso estilo de vida.

<http://www.lasuavesuperficedelaculata.com/>



¿Eres emprendedor y quieres diseñar un plan de negocio sólido?

Si tu respuesta es sí y estás en proceso de crear una empresa o bien la has creado recientemente y necesitas financiación, éste es el libro ideal que te ayudará a enfocar tu proyecto financiero.

De una forma simple y directa, Antonio Manzanera describe todo lo que un emprendedor debe saber sobre la búsqueda de la financiación, en cómo hacer una sensata planificación financiera, cómo cerrar acuerdos y más en concreto conocer cómo trabajan los inversores de capital riesgo.

<http://www.finanzasparaemprendedores.planetadelibros.com/>